



año 6 • número 61 • diciembre 2010



reseñas y debates.

Instituto de Altos Estudios Juan Perón

El Instituto fue creado en 2004 como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista por disposición de su Congreso Nacional. En su Consejo Académico contiene a un extenso grupo de pensadores, investigadores, docentes y trabajadores de la cultura. Su objetivo es desarrollar un ámbito de capacitación, investigación y debate que permita jerarquizar la formación de dirigentes políticos y sociales.

En la actualidad, el Instituto, entre otras actividades, edita videos, libros y revistas, coordina seminarios y talleres presenciales y desarrolla cursos y conferencias de capacitación política a distancia. Cuenta con una biblioteca especializada y textos digitalizados de doctrina peronista. Además, ha celebrado convenios con otras instituciones de todo el país con las que impulsa acciones conjuntas de capacitación política e intercambia publicaciones.

El Instituto se propone realizar aportes para reformular y actualizar los principales contenidos de la doctrina peronista, a fin de que la misma pueda volver a servir como pilar fundamental del proyecto nacional.

Esta publicación está abierta a la colaboración de todos aquellos que deseen expresar en ella sus opiniones.

Presidente

Antonio Cafiero

Vicepresidente

Silvio Maresca

Coordinación general

Carlos Hurst

Coordinadores de Reseñas y Debates

Fernando Duarte

Mariano Fontela

Adjuntas

Lorena Contartese

Paz Del Percio

Malena Dondo

Yasmin Hassan

Dirección

Reconquista 46 - Piso 9 (C1003ABB) Buenos Aires

Teléfono/Fax: (011) 4348-9601/03

Email: ryd@institutojuanperon.org.ar

Sitio Web: www.institutojuanperon.org.ar

Los artículos y comentarios firmados reflejan exclusivamente la opinión de sus autores. Su publicación en este medio no implica que el Instituto de Altos Estudios Juan Perón o los coordinadores de *Reseñas y Debates* compartan los conceptos allí vertidos. La reproducción total o parcial de los contenidos publicados en esta revista está autorizada a condición de mencionar expresamente el origen y el nombre de los autores.

Hace apenas un mes

Por Fernando Duarte

Hace apenas un mes los argentinos sabíamos que íbamos a vivir una jornada histórica. Sin embargo, nadie hubiera podido anticipar que ese día iba a pasar a la historia no tanto por el censo nacional, sino porque esa mañana habría de fallecer, en El Calafate, provincia de Santa Cruz, el ex presidente de la Nación, Dr. Néstor Carlos Kirchner.

La muerte, habitualmente absurda y sin sentido, provocó esta vez una singular ola de tristeza y consternación a lo largo y ancho de todo el país. Como todos pudimos observar, rápidamente multitudes se movilizaron espontáneamente, manifestando, en el medio de la congoja generalizada, su agradecimiento y su apoyo. Agradecimiento a la figura y al trabajo de un hombre profundamente político, proveniente de los confines de la Patria, frontal, de fuertes convicciones, gustos sencillos y poco respetuoso del protocolo, que en poco años y gobernando en la adversidad puso de pie nuevamente a nuestro país, después de la peor crisis política e institucional de la aún joven historia de la Argentina. Apoyo a la presidenta de la Nación, Dra. Cristina Fernández de Kirchner, primero como esposa y madre, pero también como máxima jefa política de la Nación, dado el extendido entendimiento popular de que ambos, como los ojos, siendo dos, compartían la misma mirada sobre el país y las dificultades que aún quedan por superar.

Aunque algunos todavía se resistan a admitirlo públicamente, la fuerte corriente de dolor y de afecto que se suscitó tras la muerte de Néstor Kirchner constituyó el acto consagrador de un verdadero estadista, status exclusivo al que, paradójicamente, ningún hombre o ninguna mujer pueden aspirar sino por medio del veredicto mayoritariamente favorable del pueblo al que sirvieron. A los que esta aseveración les parezca algo exagerada les recomiendo que, un poco más calmados, reflexionen nuevamente sobre lo ocurrido el 27 de octubre. Tras la muerte de Néstor Kirchner los presidentes de Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay, Venezuela, Ecuador, Bolivia y Colombia, con su presencia, brindaron un marco nunca antes visto para las exequias de un ex presidente argentino, y la Unión de

Naciones Sudamericanas (UNASUR) decretó un duelo regional de tres días por primera vez en la historia de Latinoamérica. Este reconocimiento, sin embargo, no se limitó a nuestro subcontinente. Tanto la Asamblea General de la Organización de los Estados Americanos como la de las Naciones Unidas brindaron sentidos homenajes al Dr. Kirchner, no sólo por su tan breve como destacada labor al frente de la secretaría general de la UNASUR, sino también por su evidente ascendencia y liderazgo político en la región.

El Dr. Néstor Kirchner asumió la Presidencia de la Nación Argentina el 25 de mayo de 2003 con apenas 22% de los votos, tras la renuncia al balotaje por parte del ex presidente y también candidato a la presidencia, Dr. Carlos Saúl Menem. Por citar sólo unos pocos guarismos ilustrativos del “infierno” de aquellos años, recordemos que a mediados de 2003 el 25% de la población estaba en la indigencia y el 54% en la pobreza. La caída del PBI, que en 2001 había sido del 4,4%, llegó al 10,9% en 2002, el desempleo en 2003 era del 20,4% y había en el país 14 cuasimonedas en circulación. Desde esa posición de extrema debilidad electoral, en un país aún convulsionado en el que sus habitantes emergían de la crisis de fines de 2001 con gran resentimiento y desconfianza hacia la política y los políticos, el desafío por reconstruir la autoridad presidencial y la confianza en el Estado parecía un ejercicio destinado al fracaso. Sin embargo, con un coraje y una determinación poco comunes, Kirchner fue trazando un sendero que al final de su mandato nos encontraría en un país todavía convaleciente pero muy esperanzado en que un futuro mejor era viable.

¿Cómo fue posible semejante proeza? Néstor Kirchner advirtió tempranamente que tras el colapso con el que los argentinos comenzamos a recorrer el siglo XXI era indispensable que se erigiera un nuevo paradigma. Éste no se limitaría a proponer una nueva configuración de fuerzas políticas, sino que supuso la restitución de la preeminencia de la política por sobre la economía y la “administración”; del trabajo por sobre la especulación financiera; de los intereses colectivos por sobre los intereses

sectoriales o privados; de lo nuestro por sobre lo de afuera; de la gente por sobre las corporaciones. Así, poco a poco, la política fue recuperando su vocación transformadora y con ello el lugar que tiene reservado en las sociedades que, como la nuestra, no se resignan a experimentar la democracia solamente como el apego estricto a un conjunto de reglas formales o a un “consensualismo” banal, sino que también consideran que la democracia y la justicia social son las vías adecuadas para enfrentar y superar las arraigadas contradicciones y desigualdades sociales y económicas con las que aún convivimos. Por otra parte, mediante el fortalecimiento de las capacidades estatales y la asunción de nuevas funciones, la política recobró su dimensión épica y agonal, y la pasión se instaló nuevamente en el centro de los debates políticos. Gracias a ello se pudo comenzar a desmontar la que tal vez sea la mayor operación cultural de nuestra historia, la que desde la última dictadura se propone naturalizar la idea de que la política, los políticos y el Estado son la raíz originaria de nuestros problemas y no la vía por la cual deberíamos encontrar soluciones.

Así, con una política rehabilitada, la Argentina restauró los lazos con buena parte de su propia historia, recuperando y actualizando las luchas, reivindicaciones y anhelos de los grandes movimientos nacionales y populares del siglo XX, generando un escenario propicio para encauzar el vigoroso y renovado interés de muchos argentinos por participar en la construcción de un futuro mejor para todos. En este marco es que puede comprenderse cabalmente la adhesión de miles de jóvenes a la figura de Néstor Kirchner, quienes abrazando nuevamente la militancia nos han conmovido a todos con sus extensas e intensas muestras de respeto y cariño.

Para el escrutinio de la historia quedarán sus obras, como por ejemplo la exitosa y más importante renegociación de deuda externa soberana de la historia y la supresión del vínculo dependiente con el FMI; los años de mayor crecimiento económico ininterrumpido que se recuerden en un inédito contexto superavitario, tanto en materia fiscal como comercial; una política cambiaria pro competitiva; la sanción de las leyes federal de educación y de financiamiento educativo; el renovado impulso a la investigación en ciencia y tecnología; la histórica y abrupta reducción del índice de mortalidad infantil, del índice de desempleo, de pobreza e indigencia; las jubilaciones para las amas de casa, con lo cual se logró la más extensa cobertura previsional de toda

la región; la recuperación del turismo, la industria y la actividad agroganadera; el afianzamiento de las relaciones con nuestros vecinos latinoamericanos; la recomposición de la Corte Suprema de Justicia y la recuperación de la otrora olvidada bandera de los derechos humanos, mediante la derogación de las leyes de punto final y obediencia debida; el fortalecimiento del Estado puesto al servicio nuevamente de los intereses nacionales y ciudadanos, y de la obra pública como mecanismo dinamizante de las economías regionales; entre muchísimas otras obras de gobierno, que en estos días de homenaje han sido profusamente citadas.

Por supuesto, todos sabemos también que hubo, hay y habrá errores, desaciertos, inconsistencias, contradicciones, insuficiencias y muchas cosas por mejorar, completar y profundizar. Pero lo cierto es que en la memoria emocional de millones de argentinos, esa pequeña puerta que conduce al Olimpo de los mitos populares, quedará grabado el recuerdo imborrable de un presidente que quiso y supo cómo devolvernos la autoestima y la confianza en nosotros mismos y en nuestras capacidades para edificar una sociedad en la que vivir dignamente no sea un privilegio reservado para unos pocos. Por todo ello, en el firmamento peronista, junto a Perón y a Evita, brilla ahora una estrella más.

Néstor Kirchner nos marcó una dirección y comenzó a construir un camino que deberemos seguir nosotros, bajo la conducción de la compañera Cristina, quien seguramente es su más fiel y leal intérprete, y garantía de unidad, continuidad y victoria. Propongo entonces, compañeros, que trabajemos para que el año próximo, cuando conmemoremos el primer aniversario de la muerte de Néstor Kirchner y también se celebre la elección presidencial, honremos su memoria y su legado llenando las urnas de los votos necesarios para continuar con la construcción de una Argentina para todos, con crecimiento y con equidad.

Una deuda pendiente: Perón

Por la Escuela de Formación Peronista de Rosario

A diferencia de las teorías del Caos, del imperativo de la casualidad, consideramos no haber surgido como producto de la generación espontánea. Somos parte de una Universidad un tanto reacia a contaminarse con los procesos de transformación, como el que acaece en nuestro país y en gran parte del contexto latinoamericano. Somos parte de una instancia de formación que aún hoy desdeña la producción local y subestima pensamientos que se han involucrado a construir un Proyecto de país comprometido con el pueblo. Pero principalmente somos jóvenes, como tantos otros, que nos vimos movilizadas a ser protagonistas de un camino político que comenzó hace unos años, aunque los medios lo hayan evidenciado semanas atrás. Nos sentimos parte de una juventud que recuperó la política como herramienta de transformación, que recupero esta palabra de su sentido infausto, levantando las banderas de los compañeros y compañeras silenciados en los procesos de entrega nacional. Descreímos de los que proclamaron el fin de las convicciones, de los que se resignaron a la mera denuncia como accionar político y renunciaron una vez más a pensar en un país más justo, libre y soberano.

¿Qué rol le cabe a la Universidad en el Proyecto Político Nacional del que somos protagonistas? ¿Ámbito hostil para peronistas, crearíamos muchos. ¿Por ello resignable? Hoy asistimos a un proceso de resignificación del Estado, su lugar y su accionar. ¿Cómo está contribuyendo la Universidad a este proceso? Sería inocente creer que nada tiene que ver en este asunto, menos aún confiar en ella como un saber universal (de ahí su designación no benévola de universidad) y neutral. Hoy la Universidad opera formando profesionales liberales, más bien privatizados, en un escenario de revalorización de lo público, lo colectivo, lo popular, lo común. Por otro lado, no creemos que exista un pensamiento único ni que la Universidad en sí sea un todo homogéneo. De esto dan cuenta las herramientas de las cuales el Estado comienza a reconquistar, como es la figura de los Voluntariados Universitarios tributarios de las experiencias emprendidas por las UNPBA; la discusión abierta con la nueva Ley de Educación Superior respecto a los proyectos de integración solidarios estudiantiles; la revalorización de los espacios de extensión universitaria; la amplia posibilidad de acceso a becas para garantizar el ingreso para todos a la Universidad. Tampoco podemos desconocer las dificultades de representatividad que tienen las fuerzas peronistas

en estas instituciones, sino aún peor, la poca cabida que tiene el pensamiento peronista y la tradición nacional y popular en la formación de los cuadros técnico-políticos que el país hoy necesita.

Es este escenario el que nos motivó a conformar un espacio para la formación, a través de la discusión y el debate sobre el tiempo que nos aqueja. La Escuela de Formación Peronista es un grupo de compañeros que creemos imperativo aprehender las lecturas de Juan Domingo Perón y su pensamiento. ¿Qué sentido tiene leer a Perón hoy? Creemos que el peronismo no es un proceso histórico acabado, sino una potencia, un pensamiento vivo a ser reactualizado y necesario para consolidar el proceso que está viviendo la Argentina. La vigencia del peronismo lejos está de tener sus razones en la visión peyorativa del populismo donde las masas seguirían acríticamente al líder, o en la sobreestimación del peronismo como una cuestión sentimental, o en la sofisticada argumentación del “aparato del PJ” que funciona solo. A su vez, la imagen de Perón como demagogo, oportunista y carente de contenido ha relegado al Perón profesor, pedagogo, intelectual, creador de numerosos escritos que han sido base de una doctrina nacional de pensamiento y acción política concreta, como “textos vivos”.

Si bien los escritos de pensamiento político latinoamericanos y nacionales han sido considerados como una literatura de ideas, no académicos, fueron la expresión de la discusión política sobre los destinos comunitarios. Escritos de acción. En sintonía, la obra de Perón es de fundamental importancia como texto que dio cuenta de un sentido de la política, del poder, del gobierno, del Estado y de la construcción de un proyecto nacional y popular como horizonte de posibilidad. Desde la EFP apostamos a instalar la lectura de la Doctrina Peronista como eje de análisis y discusión para cualquier estudiante universitario, desde el debate y la resignificación de sus conceptos e ideas. La disputa por el sentido, la discusión conceptual y un nuevo lenguaje a ingresar a la universidad tienen que enfrentarse a su vez con otro desafío: poder articular una discursividad que se piense al servicio de un proyecto de país o, por el contrario, fenecer como la dispersión de una diferencia más, un particular entre otros desarticulados y presos de la hegemonía liberal aún imperante, que permite la proliferación de los más diversos discursos sin posibilidad antihegemónica concreta.

Alpargatas sí, libros no

Por Feliciano Fernández

Desde el mítico mandato popular de “alpargatas sí, libros no”, se puede rastrear la política peronista hacia el espacio universitario. Esa consigna tan sencilla de los trabajadores manifestaba un repudio absoluto hacia la teoría política y el conocimiento científico, puestos al servicio de la oligarquía y el imperialismo. En buen romance, estaban hartos de discursos, las alpargatas eran tangibles.

El desvarío de la FUBA, niños bien que no soportaban la irrupción de un nuevo sujeto político con liderazgos formados en la lucha por un proyecto de país, no respondía a los parámetros científicos; y aun cuando el materialismo histórico estuviese presente en la izquierda, la carga positivista del conocimiento científico impedía construir una teoría propia de nuestro proceso histórico. Absortos observaban como el aluvión zoológico se armaba de categorías políticas propias sin recurrir a la ciencia para tales formulaciones. Cometía la irreverencia de contradecir las leyes científicas, poniendo en duda lo único que no se discute en una sociedad materialista, el saber científico. Liderazgos procesados en y desde la barbarie ponían en peligro el sistema de estratificación social que había diseñado la oligarquía.

El privilegio de tener garantizada una posición dominante se termina de destruir con la gratuidad y el acceso libre a la UBA y al resto de las diez universidades nacionales que se crearon. Este cuadro de angustia existencial para los sectores dominantes se termina de completar con las escuelas fábricas y la complementariedad con la Universidad Obrera. El nuevo sujeto político domina el saber científico-técnico y lo utiliza para fabricar alpargatas.

Este proceso brinda los conceptos esenciales de una política peronista para la producción, administración y aplicación de conocimiento científico. El primero y esencial es que el conjunto de nuestro pueblo sostiene nuestra formación y por consiguiente el conocimiento que manejamos, no para utilizarlos de manera liberal, sino para retribuir a nuestro pueblo ese gran esfuerzo. Cientos de hogares dejan de satisfacer necesidades básicas para que esa riqueza se destine a nuestra formación.

En segundo término, el peronismo promueve el acceso irrestricto al conocimiento científico, cuestión que era relevante en el patrón tecnológico

metalmecánico, donde el núcleo dinamizante era la energía; en el actual patrón tecnológico, cuyo núcleo está centrado en la producción de conocimiento, el acceso a la universidad debe ser universal.

En tercer término, la universidad forma compatriotas, en sintonía con un proyecto de Nación destinado a garantizar la felicidad del pueblo. En consecuencia, es patético entender que la autonomía de la universidad se entienda como autonomía frente a la sociedad y al Estado.

Ese carácter liberal en que se forman quienes concurren a la universidad termina brindándoles el status de un título y escasas herramientas para aplicar el conocimiento que poseen en el proceso socio-económico. La excepción son aquellos que se benefician con los mecanismos de estratificación que utilizan los sectores dominantes, a partir del control sobre la estructura económica o el sistema de relaciones en los sectores medios en niveles de gerenciamiento. El resto padece una degradación profesional que se observa en profesionales de ciencias económicas liquidando impuestos al pequeño comercio, o en abogados redactando escritos y “haciendo tribunales” para estudios jurídicos. La ausencia de aplicación tecnológica del conocimiento que apropián y la desvinculación de las estructuras sociales donde se aplica, anulan la dialéctica necesaria para una continua producción de conocimiento y una perspectiva segura de aplicar el mismo en los espacios donde nuestro pueblo lo necesita, única forma de garantizar salidas laborales en condiciones de igualdad y equidad cuando finalizan la currícula.

Es tético que un arquitecto no hay colocado un solo ladrillo, o peor aún, que no pueda realizar una planificación integral de grandes obras porque desconoce los rendimientos productivos de máquinas y trabajadores; es indignante que se formen cirujanos plásticos para atender las demandas estéticas de extranjeros, y que a 30 kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires no cuenten con pediatras.

El panorama es más desolador cuando observamos a las agrupaciones estudiantiles del peronismo, que en su gran mayoría han incorporado la lógica política de los partidos liberales, donde la tarea militante es reclutar adhesiones considerando al espacio universitario como una cantera de nuevos burócratas políticos. El debate político desde lo sectorial se

reduce a reivindicaciones de carácter mutualista, en tanto el debate sobre las coyunturas políticas tiene como único objetivo nutrir de militancia a las organizaciones. Los más preocupante es que la designación de funcionarios en el Estado para desempeños que requieren de decisiones políticas tenga como requisito previo la constancia de un título de grado.

El rol del peronista revolucionario en la universidad es construir los puentes que rompan con el aislamiento y resolver las limitaciones económicas que impiden el ingreso universal irrestricto, como así también reformular los diseños curriculares y el vínculo imprescindible entre la apropiación y la aplicación del conocimiento en la sociedad, única manera de dinamizar la producción de conocimiento en los ámbitos académicos desde los intereses populares.

Es hora de juntarse con los que quieren alpargatas, con los dirigentes gremiales que piensan la actividad de los trabajadores como aporte a un proyecto

de Nación soberana y liberada, con las organizaciones sociales que tienen voluntad de quebrar el clientelismo y erradicar definitivamente la pobreza, la exclusión y la estigmatización que sufren una enorme cantidad de argentinos en las periferias de los centros urbanos y los espacios rurales; es hora de diseñar las actualizaciones tecnológicas que requiere nuestro territorio y nuestras ciudades y pueblos, para que cada compatriota alcance los grados de libertad que brinda el acceso a la vivienda, la educación, el trabajo y la salud.

Este es el debate político que desde los contenidos revolucionarios del peronismo se debe introducir en las universidades nacionales. Primero necesitamos patriotas, luego profesionales. Pero para sentir la patria en un sentido de humanidad se requiere jerarquizar el saber popular y subordinar el conocimiento científico a este saber. El mejor sanitarista del país poco puede diseñar si no escucha a quien hace cola en un hospital a las cinco de la mañana.

Histórico avance del kirchnerismo en la UNLP

Por Aritz Recalde

El proyecto político iniciado en el año 2003 incluyó la aplicación de un programa estratégico de reconstrucción y de promoción de la ciencia, la técnica y la cultura argentina. El gobierno desde el año 2003 viene ejecutando una histórica inversión presupuestaria en las universidades, y ello se expresa en la multiplicación de las becas, en los subsidios a los comedores, en la creación de nueve casas de altos estudios, en la promoción de carreras estratégicas, en la recuperación salarial, en la sanción del 82% móvil a las jubilaciones docentes, en la creación del nuevo Ministerio de Ciencia o en la inversión en infraestructura. La importancia estratégica y los logros de la política universitaria es reconocida por todos los rectores de las universidades nacionales reunidos en el CIN, y lo expresaron claramente en el documento recientemente publicado *Las Universidades Públicas en el año del Bicentenario*.

El reconocimiento a los importantes logros del proyecto nacional en las universidades no sólo llegó a todos los rectores, sino que además se hizo notar en las elecciones estudiantiles celebradas del 3 al 5 de noviembre en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). En estas elecciones las agrupaciones directamente referenciadas al proyecto nacional y los espacios filokirchneristas

aumentaron considerablemente su caudal electoral y se alzaron con la victoria en siete facultades de la UNLP. La elección es un reflejo de la maduración de un espacio de juventud nacional y popular, que viene creciendo en las universidades y que cubrió las calles para homenajear al ex presidente Néstor Kirchner.

Las agrupaciones políticas que se reconocen directamente con el peronismo y el proyecto nacional triunfaron en las facultades de Ingeniería, de Periodismo y de Informática. En las dos primeras se ratificaron los resultados del año pasado y esta última fue recuperada tras la derrota de 2008. En la Facultad de Bellas Artes el triunfo se organizó a partir de un frente conformado por agrupaciones kirchneristas y el MILES, que tiene una identidad latinoamericanista y está muy cercano al proyecto nacional. Por otra parte, el MILES conservó y ratificó la conducción de la Facultad de Psicología y se impuso de manera abrumadora (por más de 1.000 votos) al movimiento de izquierda CEPA-PCR (maoísmo) en Humanidades. Por último, SUMA-agrupación de tendencia de izquierda y actualmente cercana al proyecto nacional- conservó la Facultad de Ciencias Exactas, protagonizando

una importante diferencia sobre el movimiento de izquierda independiente ligado a la COPA. El radicalismo (Franja Morada) mantuvo el caudal electoral conseguido en el año 2009 y no muestra mucha capacidad para revertir la pérdida de espacio político que viene protagonizando en la última década.

Las agrupaciones de izquierda, en consonancia con su *performance* electoral a nivel nacional, están siendo desplazadas en la UNLP frente al nacionalismo popular que se identifica en los importantes logros de la gestión de Néstor y Cristina Kirchner. El resultado electoral pone en evidencia la existencia de una nueva configuración del escenario político de la UNLP que va a modificar el funcionamiento de la federación estudiantil, desplazando a las agrupaciones opositoras al gobierno.

La ciencia y la técnica están siendo promovidas y jerarquizadas en la Argentina. En este cuadro, los dirigentes estudiantiles que se identifican en el kirchnerismo universitario están creciendo en importancia. Además, asumieron varios decanos que acompañan al proyecto nacional y que apoyaron la designación del secretario general de la UNLP y referente del peronismo universitario, el Lic. Carlos Guerrero.

Hacia un nuevo movimiento estudiantil con las banderas de Néstor y Cristina

Por Julio Fernández Baraibar

Una agrupación estudiantil llamada Arturo Jauretche acaba de ganar las elecciones del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional Buenos Aires. La noticia, que pasó desapercibida para los monopolios informativos, tiene una importante trascendencia: es la primera manifestación política de la masiva presencia juvenil en las exequias de Néstor Kirchner.

La juventud es, como se sabe, un estadio pasajero, algo que pasa con los años. Pero su manifestación en las clases sociales es muy distinta. El acceso al trabajo asalariado y en blanco de parte de nuevas generaciones obreras provoca, a la larga o a la corta, una renovación de las dirigencias sindicales y la aparición de lo que en la Argentina se ha dado en llamar “juventud sindical”. Este fenómeno se ha hecho evidente en el movimiento obrero organizado. Gremios como la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), que durante el período neoliberal desindustrializador vio disminuida la cantidad de afiliados, ha visto resurgir una nueva dirección como resultado del crecimiento producido en el sector a partir del 2003. La movilización popular del 24 de marzo pasado contó con la presencia masiva de una Juventud Sindical de la CGT.

En la clase media no asalariada la adhesión a políticas nacionales y populares no tiene un inmediato correlato, tal como ocurre con la clase trabajadora. En general, la caja de resonancia de los cambios político-culturales de la clase media ha sido el movimiento estudiantil, tanto en su versión universitaria como secundaria.

La lucha política por los centros de estudiantes y las Federaciones Universitarias regionales y la FUA ha sido el campo de batalla de las grandes luchas políticas de las juventudes de clase media. Homero Manzi, en su poema a la vieja Facultad de Derecho de la avenida Las Heras, escrito a los diecinueve años, menciona ese movimiento estudiantil que intenta conjugar cierta universalidad conceptual con la realidad americana y argentina de entonces.

Corazón que practica

la leyenda hipocrática de dormir a la izquierda,

hecho con las estrías de cien muchachos locos

que sueñan con la paz

y que hacen la simbiosis

—pampeanamente rara—

de Yrigoyen y Marx.

Por otra parte, fue en el campo estudiantil donde el movimiento nacional y popular argentino —tanto el radicalismo en vida de Yrigoyen, como el peronismo— más dificultades tuvo para influir política e ideológicamente. Distintas corrientes del socialismo y del comunismo cipayos se encargaron de convertir las banderas de la Reforma del 18 en instrumento contra los gobiernos que expresaban la voluntad popular. Y en 1945 esas mismas corrientes, más un radicalismo ya alvearizado, lograron que los organismos de masas del movimiento estudiantil —los Centros de Estudiantes, las Federaciones Universitarias y la FUA— fuesen instrumento de la conspiración oligárquica antiperonista.

A partir de la década del 60 se produjo un proceso político cultural al que la Izquierda Nacional llamó de “nacionalización de las clases medias”. Los hijos o los hermanos menores de aquellos estudiantes gorilas de 1955 se acercaban al peronismo y, sobre todo, a la experiencia del movimiento sindical peronista. Ese notable fenómeno, que caracterizó las grandes victorias populares a partir del Cordobazo, puso punto final a la llamada Revolución Argentina y contribuyó, junto con la lucha de millones de trabajadores peronistas, al regreso de Perón y a los triunfos populares del año 1973.

En 1970, una alianza integrada por la Agrupación Universitaria Nacional (AUN) —expresión estudiantil de la Izquierda Nacional— y la llamada Franja Morada Nacional —un agrupamiento de sectores reformistas socialistas y anarquistas— triunfó en el Congreso de la FUA en Córdoba. La declaración política de ese Congreso reivindica, por primera vez en la FUA, la fecha del 17 de Octubre de 1945 como un jalón decisivo en la lucha por la liberación argentina.

El notable despertar político de amplios sectores juveniles de clase media que han visto en los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández la representación de sus intereses, postergados por años de neoliberalismo, tiene que convertirse en triunfos políticos que ratifiquen esta voluntad de lucha explicitada en los últimos meses. Esa explosión juvenil debe consolidarse en un gran movimiento estudiantil —secundario y universitario— que en todo el país despliegue el discurso democrático, popular, nacional,

modernizador y latinoamericano de la presidenta Cristina. Ese movimiento debe tener como objetivo principal reconquistar para la causa nacional y popular los centros de estudios, las federaciones universitarias y, sobre todo, las universidades nacionales, en especial la de Buenos Aires.

Si todas las agrupaciones de simpatía kirchnerista que militan en las universidades llegan a los necesarios e inevitables acuerdos políticos, el movimiento estudiantil debe ser un apoyo autónomo y amplio al programa presidencial. No es posible que la FUBA y la FUA estén en manos cipayas, de ultraizquierda o liberales. No es posible que la Universidad de Buenos Aires siga siendo un enclave aislado del proceso general que vive la Nación, sobre todo cuando estamos en presencia del gobierno que más presupuesto ha dado

a las universidades y a la investigación científico-tecnológica en los últimos cincuenta años.

Esa juventud dolorida y esperanzada que llenó las calles de Buenos Aires despidiendo a Néstor Kirchner debe convertirse en una fuerza política capaz de llevar adelante una nueva Reforma Universitaria, que vuelva a poner a la Universidad al servicio de los intereses nacionales y populares. En suma, llamamos a un movimiento estudiantil que con el programa de Cristina y Néstor, con el programa de los trabajadores argentinos, revierta la hegemonía cipaya en el movimiento estudiantil. Ni más ni menos que lo que han hecho las chicas y chicos del Nacional Buenos Aires.

Si ello se logra, dotaremos al nuevo proyecto nacional de la fuerza y el conocimiento capaz de proyectarlo y garantizarlo en el tiempo.

“En mayo de 1946, luego de las elecciones y un mes antes de que Perón asumiese la presidencia, las universidades fueron nuevamente intervenidas. (...) Cesantías de oficio, jubilaciones anticipadas, presiones directas, fueron los mecanismos utilizados para expulsar a una porción significativa del profesorado. Al finalizar 1946 habían sido desplazados de las universidades nacionales 1.250 docentes, casi un tercio del total del cuerpo de profesores: 423 fueron directamente separados de sus cargos y alrededor de 800 renunciaron. Era la primera vez que se producía, desde los tiempos de la Reforma, un recambio del personal científico y docente de las universidades de tal envergadura. (...) Pero, en líneas generales, puede observarse que muchos de quienes accedieron entonces a las cátedras universitarias no eran personas ajenas a la vida académica ni pertenecían tampoco, en su gran mayoría, a los círculos católicos y nacionalistas que habían ejercido un rol central en los programas de transformación educativa implementados por el régimen surgido del golpe de 1943. El recambio docente que se vivió durante el peronismo constituyó más bien una transformación interna de los

cuerpos profesionales universitarios. Muchos profesores titulares fueron reemplazados por sus antiguos adjuntos o auxiliares. (...) [Sin embargo,] la ruptura que se produjo entre los intelectuales que habían sido expulsados de la Universidad y los que ocuparon sus puestos se reveló, con el tiempo, irreversible. (...)

La forma en que los nuevos grupos dirigentes concebían la función de la Universidad puede reconstruirse en principio a través de un análisis de las disposiciones establecidas en la Constitución de 1949 o en los escritos publicados desde principios de los años cincuenta por intelectuales y profesionales. (...) Las universidades eran impugnadas en principio por su carácter extremadamente elitista y por estar controladas por un pequeño núcleo perteneciente a las clases dirigentes. La Universidad, durante los años veinte y treinta, se había convertido, para los líderes peronistas, en un reducto de los ‘hijos del privilegio’. (...) Era preciso entonces hacer que las instituciones académicas dejasen de constituir un instrumento y reducto de la oligarquía, y para eso era necesario democratizar el acceso a ellas. [Hernán] Benítez subrayaba en algunos de sus artículos la contradicción

entre una Universidad mantenida por el pueblo sobre la base de sus contribuciones y la utilización absolutamente individualista de los conocimientos allí adquiridos. La enseñanza superior sólo servía para el enriquecimiento de una pequeña minoría. (...)

Desde el punto de vista de las estructuras curriculares, la institución de aquellos tiempos puede ser percibida como una prolongación, seguramente algo desgastada, de la Universidad de la época reformista. Los planes de estudio de la mayor parte de las carreras mantuvieron los mismos rasgos que en la década anterior. Ni el contenido ni la orientación de la enseñanza experimentaron cambios significativos. (...)

En los años del primer peronismo, la Universidad pública debió comenzar a afrontar problemas cada vez más agudos. Uno de ellos era el explosivo crecimiento de la matrícula. En 1947 había 51.447 estudiantes universitarios, pero en 1955 ya ascendían a casi 140.000. (...) Durante la primera mitad de los años cincuenta, sólo por un breve período, las ciencias básicas y tecnológicas, particularmente las carreras del área de Ingeniería, ocuparon el primer lugar en la matrícula”.

Salud y educación de los trabajadores, desafío global al peronismo

Por Carlos Javier Regazzoni

Cuando Roberto Mangabeira Unger dice que la izquierda es una idea preexistente que “debe hacerse realidad en una nueva circunstancia mediante un nuevo proyecto”, bien podría estar hablando del peronismo. Una idea preexistente, la justicia social, para Perón absolutamente inseparable del mundo del trabajo, debe hacerse realidad en una nueva circunstancia, la globalización. Y esto mediante un nuevo proyecto aún no pensado, el cual toca a nuestra generación política escribir y ejecutar. El 1º de mayo de 1974 decía el General percibir con firmeza “que la sociedad mundial se orienta hacia un universalismo que, a pocas décadas del presente, nos puede conducir a formas integradas tanto en el orden económico como en el político”. Ese momento llegó con la irrupción de la globalización, acelerada con la caída del bloque soviético. Como principal tarea para los americanos de entonces proponía Perón la “liberación”. Y retomando las ideas de Mangabeira, esta liberación comienza por dotar al individuo de herramientas, de capacidades que le permitan independizarse de los condicionantes que el contexto cultural impone a su existencia. Sólo así podrá la persona avanzar por sobre sus posibilidades previas.

Ahora bien, contrario al pensamiento más individualista de la izquierda, para el justicialismo primero habrá de hacerse justa la comunidad. El individuo evoluciona gracias a una sociedad mejor, y mediante su contribución personal a dicho avance. Y la herramienta de diálogo fundamental entre hombre y comunidad es el trabajo. Sin embargo, la globalización, como dinámica de organización de la producción, altera este diálogo e impone dos requisitos novedosos al individuo. Requisitos sin los cuales el propio proceso termina por excluir a la persona del mundo del trabajo: la primera exigencia de la globalización es un nivel de capacitación inédito; la segunda pretensión es un nivel de salud igualmente novedoso respecto de la historia humana. Sin acceso a esta nueva forma de salud, y sin involucrarse en esta nueva forma de educación, el trabajador del mundo globalizado deja de serlo. Es excluido.

Habitualmente se habla de educación y de salud pensando en la niñez. Pero quisiera detenerme esta vez en la capacitación y la salud de la clase actualmente trabajadora. Porque una política focalizada en los

adultos contemporáneos podría hacernos ganar tres o cuatro décadas a todos los argentinos en términos de desarrollo y liberación, y hacer realidad entonces aquel “caminar entre los más rápidos” de que Perón habla a la postre. Luego analicemos las demandas de salud y educación que la globalización requiere del individuo actualmente trabajador, y que constituyen una nueva circunstancia para las ideas preexistentes del peronismo.

La demanda de salud

La globalización exige de la persona un nuevo tipo de salud, donde el problema no es tanto el medio biológico como la conducta. Antes, las personas eran vulnerables a morir a causa de los gérmenes. Las enfermedades afectaban casi de la misma manera a personas de diferente sector social, y la falta de conciencia sobre la higiene hacía que la enfermedad fuera la gran igualadora. Pero las transformaciones económicas rematadas en la globalización crean otro problema de salud. Ahora las enfermedades son el cáncer, la aterosclerosis de los vasos del corazón y el cerebro, y los trastornos propios de la longevidad. Toda esta enfermedad no contagiosa se asocia fuertemente a las conductas de alimentación y estilos de vida, y posee una marcada segregación social. Tanto es así que los niveles de riqueza y educación afectan en unos 10 años la esperanza de vida de un adulto, las condiciones de educación materna o de complejidad de la atención médica pueden modificar diez veces las mortalidades infantil y materna, y hasta la letalidad por cáncer es cinco a diez veces mayor entre los más pobres. Además la globalización trajo consigo la megalópolis, y con ésta los asentamientos informales, tiñendo el campo de la salud de mayor inequidad. La enfermedad de la era global es compleja, con fuerte necesidad de recursos y tecnología médica, pero sobre todo a merced de indispensables intervenciones sociales.

Mantener a nuestros trabajadores sanos en los tiempos globales significa algo distinto de los hospitales, vacunas y salas de atención que constituyeran el centro de la reforma de Ramón Carrillo. En la era global, para mantener sano a un trabajador es necesario pagarle buenos salarios (esto sólo puede bajar la mortalidad anual). Un trabajador se mantiene saluda-

ble con educación secundaria completa (actualmente privilegio de menos de la mitad de ellos), hecho que puede agregar 8 a 10 años de esperanza de vida. Un trabajador hoy necesita sistemas de contención para sus padres ancianos, ya que un mayor con demencia o invalidez inmoviliza de dos a cuatro personas allegadas. Un trabajador estará sano si hace ejercicio regularmente, come frutas y verduras, en su trabajo controla presión arterial y colesterol, y posee agua potable y cloacas (menos de la mitad de los argentinos). Nuestros trabajadores serán sanos si el medio ambiente mejora. La gente hoy se mantiene sana, finalmente, con acceso inmediato a información médica didáctica y de primera calidad.

El cambio de perspectiva es importante. Implica una nueva mirada del manejo de la problemática sanitaria. Pero es imprescindible. Los estudios demuestran que sin salud es muy difícil promover el desarrollo económico, y en el mundo global, siquiera crear trabajo apto para la globalización. Por otro lado, cada año de vida productiva que sumemos a nuestra clase trabajadora se traslada en un importante crecimiento económico y humano para la sociedad. Se impone entonces un nuevo proyecto para la idea preexistente de justicia social, al menos en salud.

Globalización y capacitación de la población activa

La segunda gran demanda de la globalización para nuestra población trabajadora es la educación. Pero la globalización exige un tipo especial de educación, generalista, auto-perpetuante, y como hablamos de población activamente trabajadora, centrada entonces en la creatividad laboral. Esta capacitación se brinda en universidades e institutos terciarios.

Como dijo el Premio Nobel de Economía, Michael Spence, “la inversión en la salud, educación y habilidades de la población, hecho comúnmente conocido como capital humano, es tan importante como la inversión en el capital físico”. El nivel de capacitación de la población económicamente activa es un factor determinante de las posibilidades de crecimiento real de una nación. Lamentablemente, como escribe Mangabeira, uno de los grandes inconvenientes de la sociedad actual es que la “base social y educativa para acceder a los sectores más avanzados de la economía” es muy estrecha. Porque las vanguardias productivas capaces de organizarse para la cooperación y para la innovación, manejando conocimientos sofisticados y desarrollando la máxima creatividad, son “relativamente pequeñas y su vínculo con el resto de la economía sigue siendo débil”. Por ello predomina una economía atrasada, con excepciones de avanzada auto-excluidas del contexto comunitario. Como diría Or-

tega, “atavesamos –contra ciertas presunciones– una época de terrible incultura. Nunca tal vez el hombre medio ha estado tan por debajo de su propio tiempo, de lo que éste le demanda”; y el nivel de capacitación de nuestra población económicamente activa, muy por debajo de las posibilidades y requerimientos del mundo de hoy, confirma al filósofo.

De acuerdo a los datos del Censo 2001, el 67% de la población mayor de 15 años de edad tenía menos que secundario completo. Tan sólo un 8,7% de la población económicamente activa poseía un título universitario o terciario completo. Dicho de otro modo, de cada diez trabajadores, seis no completaron el secundario. Y tengo que juntar a 11 para encontrar un título terciario o universitario. Si tomamos los datos de la Encuesta Permanente de Hogares, la proporción de la población económicamente activa estimada con terciario o universitario completo sería del 12,6%. El panorama es muy parecido.

La capacitación de la población trabajadora no sólo es poca, sino que está mal organizada. En el Censo Económico 2005 la Argentina tenía 148.000 abogados matriculados; Alemania, tercer economía del mundo y con el doble de habitantes que nosotros, cuenta 133.113 letrados. La Argentina posee más médicos (5,2 médicos por cada mil habitantes) de los recomendados por la OMS (2 médicos por cada mil habitantes), y diez veces menos enfermeras de las requeridas. Argentina además cuenta con 154 psicólogos cada 100.000 habitantes, y el resto del mundo 65. En nuestro país hay unos 900.000 profesionales matriculados, y sólo 9% de ellos son ingenieros. El desbalance de nuestro grupo profesional es muy serio, y contrapuesto a la demanda impuesta por la globalización. Todos los expertos coinciden en que ingenierías, química, informática y matemáticas son las disciplinas imprescindibles para beneficiarse del extraordinario desarrollo científico y técnico que estigmatiza la era global.

El proyecto que necesitamos para actualizar la idea preexistente de justicia social, esencialmente anclada en el eje del trabajo, además de concentrarse en las nuevas demandas de salud del trabajador en el mundo global, deberá ampliar la proporción de diplomados en la población económicamente activa y su orientación hacia la tecnología y las ciencias duras. Habrá que duplicar la cantidad de chicos que anualmente finalizan el secundario y duplicar así el número de ingresantes a la universidad; mediante carreras cortas y becas, reducir a no más de un 40% los niveles de deserción; fomentar los estudios de matemáticas, informática e ingenierías; permitir el acceso a estudios terciarios a adultos sin secundario completo; certificar habilidades adquiridas

por la sola experiencia laboral; y otras medidas que equipen al trabajador para superarse y servir mejor a la comunidad global.

Educación, salud de los trabajadores y soberanía política

En un célebre discurso, Perón dijo que “nadie puede realizarse en un país que no se realiza”. Profecía ésta de la difícil coyuntura que se presenta a los Estados nacionales en el mundo globalizado. Porque ocurre que, y cito por última vez a Mangabeira, “el papel de las diferencias nacionales en un mundo de democracias es representar una forma de especialización moral”, porque debido a un impulso propio de la vida hacia la diversidad –para traer a Unamuno a la discusión– “la humanidad puede desarrollar sus poderes y sus posibilidades sólo si lo hace en diferentes direcciones”, y una de ellas es la dirección argentina. La Argentina debe ser un modo de desarrollo humano. O de otro modo no habrá realización de ningún argentino.

Ahora bien, esta modalidad argentina de desarrollo de la humanidad no se logra con ninguna de las metodologías actuales. No detendremos las tendencias de la globalización afirmando las ideas justicialistas de siempre, como monolito inamovible que espera frenar el tren de la historia. Tampoco salvaremos el honor limitándonos a “teñir” medrosamente las tendencias globales con redondeados discursos sin capacidad transformadora alguna. No vale claudicar, aunque sea vociferando.

La globalización exige del justicialismo un nuevo proyecto para nuestras ideas preexistentes, acorde a este nuevo contexto globalizado y con toda la intención de afirmar nuestra identidad nacional. Y hoy el proyecto comienza por la salud y la educación, no ya como problemas de la niñez, sino como un marco para toda la vida de la persona. Pero es urgente abordarlos ya, inmediatamente, en la población económicamente activa. Ganaremos así toda una generación. Esas son las dos prioridades para recrear la cultura del trabajo, esencial a nuestra idea de justicia social, y real fundamento de la Argentina “para nuestros hijos”.

“Al final de cuentas, la medicina es un oficio, por más que tenga contornos y ribetes de apostolado, por más que requiera abnegación y sacrificio. (...) En cierto sentido, se hallan ustedes ante lo desconocido, que es el enigma del hombre. Tienen un temor del futuro, superado, empero, por la esperanza y la ambición; están en un momento de transición, pero es en este momento cuando el hombre tiene mayor amplitud de espíritu. No olviden, pues, esto: jamás dejen de leer y de estudiar alguna cosa que no sea Medicina. Frecuenten la literatura propia y la universal. Estén *‘a la page’*, como dicen los franceses, de las corrientes filosóficas que, como mareas, fluyen y rehuyen siempre. No se olviden de que existen exposiciones de pintura y de escultura, ni de que se puede escuchar música. No se dedi-

quen, en una palabra, de un modo cerrado, exclusivo, a la Medicina, porque entonces concluirán en nada más que en simples artesanos de la profesión. Serán como esos pobres médicos que al recorrer el país uno encuentra perdidos en un pueblo lejano, recetando bicarbonato y gruñendo por todo y de todo, con un malhumor hiperestesiado e irreversible. Esa no es la cultura que presupone la Universidad, y lo que digo puede neutralizarse desde ya, manteniendo en la Facultad un poco del espíritu del bachillerato que, con imperfecciones y todo, es espíritu de cultura superior. El dominio de una ciencia, al cabo de los años, aniquila esa cultura. (...)

Van ustedes a enfrentar una disciplina seria, una ciencia, la Medicina. Van a enfrentar un curso en el

que deberán conocer química, física y biología, ciencias a su vez que se hallan profundamente ligadas entre sí por principios generales, que si no los descubren ahora, serán malos médicos después, porque en los próximos años ya no les serán revelados ni los grandes principios de la vida, ni los grandes principios de la Medicina. (...)

No quiero que aprendan, sino que piensen. Si yo lograra que ustedes reflexionen sobre lo que he dicho, habré cumplido con exceso mi objeto. (...) Usen sus cerebros. Es lo mejor que puedo ofrecerles como consejo. No sean máquinas receptoras de lo que en la Facultad les van a enseñar, o dictar. Piensen, estudien, por sí mismos. Sin cansancio y sin pausa. Alegremente también. Para ello lo tienen todo, comenzando por la juventud”.

Ramón Carrillo

Palabras pronunciadas en agosto de 1949, en la inauguración de los Cursos de ingreso a la Facultad de Ciencias Médicas.

Socialización de la Educación Superior

Por Octavio Miloni

“Vamos a hacer una escalera / para que en las facultades / pueda entrar la Clase Obrera”. Elegí este fragmento del cancionero universitario porque encierra, desde la buena fe, muchísimas contradicciones. Como todos. Este fragmento fue el único que al evocar momentos de la militancia universitaria resume, de alguna manera, la vocación de los militantes nacionales y populares de vincular las luchas contra las políticas neoliberales de los 90 con las luchas históricas del movimiento estudiantil, cuando éste no se concebía fuera de la lucha del movimiento nacional. En cierto modo, pretendíamos ser la continuación histórica del Movimiento Estudiantil que se sumó a la gran política de masas que fue el “Luche y Vuelve”, que aportó valiosísimos cuadros a la organizaciones revolucionarias y que en unidad con el movimiento obrero puso a Córdoba de pie en 1969. Y claro, nuestra evocación tenía mucho de homenaje a los miles de compañeros desaparecidos durante la última dictadura militar.

Es por eso que es necesario dar contexto a esta canción pegadiza, contradictoria. La pregunta es: ¿la escalera es para que la clase obrera “suba” a las facultades? Es decir, ¿la Universidad está arriba del movimiento obrero? ¿O es para que la clase obrera baje a las facultades? Desde donde se analice esta frase, no se sostiene. Tal vez esta canción fue apenas una formulita sonora para evocar a Eva Perón en su bajada del cielo con la escalera hecha de huesos de Aramburu. Pero nada más.

Sin embargo, esta frase da pie para enmarcarla en el núcleo de esta nota que trata sobre cómo se debe entender la socialización de la educación superior. Conceptos como educación pública, de masas, abierta al pueblo, deben necesariamente problematizarse a fin de descubrir las claves para que deje el status de consigna y se transforme en ideas y en acción política. Intentaré abordar los problemas de la inclusión y de la socialización desde varias perspectivas, haciendo un análisis paralelo a las reivindicaciones estudiantiles, juntamente con las políticas públicas que se orientan en tal sentido.

Los 90, creaciones y vacío

Durante los años del menemismo se creó un número importante de universidades nacionales, así como también privadas. Un rasgo característico de

esas universidades es que en principio su oferta académica era a la *latus sensu*, en pleno fulgor del salto tecnológico, y donde parecía que Internet y la virtualidad iban a echar por tierra con los tradicionales modelos de enseñanza-aprendizaje. Una hipótesis que podríamos formular es que la creación de universidades socializa, de alguna manera, la educación superior, ya que las universidades creadas tuvieron como sede el conurbano bonaerense. Sin embargo, sería cínico asumir esta hipótesis como enteramente válida en el contexto neoliberal, ya que mientras nuevas universidades iban brotando, miles de trabajadores iban perdiendo su fuente de trabajo y por consiguiente la formación universitaria de los hijos de los trabajadores desocupados no sólo pasó a ser una utopía, sino peor: dejó de estar en el imaginario de las clases populares devastadas por una miseria tal vez sin precedentes en los últimos 50 años. *M’hijo el doctor* había pasado a la historia, sin perspectivas de retorno.

Así, el proceso de creación de universidades durante el menemismo fue completamente a contrapelo de lo que estaba sucediendo en las clases populares. Sin dudas (o me permito dudar un poco) la creación estuvo más asociada a dar una respuesta a la explosión de Internet. No es casual que la mayoría de las universidades nuevas, tuvo, tiene y tendrá en su oferta académica carreras cuya modalidad es la de educación a distancia, que para los 90 era incipiente. Durante el periodo 1988-2002 se crearon las universidades nacionales de Chilecito (2002), Formosa (1988), General San Martín (1992), General Sarmiento (1992), La Matanza (1989), Patagonia Austral (1994), La Rioja (1994), Lanús (1995), Quilmes (1989), Tres de Febrero (1995), Villa María (1995) y Noroeste de la Provincia de Buenos Aires (2002). El número de universidades en el periodo mencionado creció en un 50%. Claro está que este aumento no resolvió el problema de la inclusión al sistema universitario, pero se puede afirmar que la existencia de estas nuevas universidades, al ser resignificadas con nuevo sentido y rol social, sí puede dar respuestas a esta cuestión.

Desde la intuición, puedo afirmar que las políticas educativas neoliberales vinculadas a la educación superior tuvieron grietas interesantes para analizar. La lucha estudiantil de los 90 estuvo marcada casi exclusivamente por la resistencia a la Ley de Educación

Superior (LES) aprobada en 1995. Esta ley tenía (y tiene) el pecado original de ser una política más en la dirección de las trazadas por el Fondo Monetario Internacional, en el marco del Consenso de Washington y como contrapartida de los escandalosos endeudamientos para sostener la paridad “un peso igual a un dólar”. Con todo, la LES en su articulado tenía algunas características que intentaban superar la tradición liberal reformista. No solamente nosotros como pueblo estamos atravesados por contradicciones. No sabría a ciencia cierta a esta altura de la *soir* si fueron propiamente contradicciones, o si entre quienes intervinieron en los debates y el articulado de la LES había diputados que discutían hacía tiempo con los conceptos de la autonomía y periodicidad de cátedra. En el articulado de la LES hay aspectos interesantes si pensamos en lo que debería ser un nuevo modelo universitario.

No será quien escribe el que haga una defensa de la LES después de haber luchado contra ella junto con miles y miles de compañeros. Sin embargo, a 15 años de su debate es posible establecer una crítica de la LES, en este nuevo escenario. Sólo para marcar algunos puntos interesantes, podría señalar la Carrera Docente, histórica reivindicación de los docentes universitarios en pos de su reconocimiento como trabajadores y su estabilidad laboral. Otro aspecto es la adecuación del concepto de autonomía universitaria, que la mayoría de las veces es autismo universitario. Pero estaba ese pecado original, que hace que nuestra lucha de ayer siga hoy siendo reivindicable.

Sur, 2003 y después

Desde la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia, la agenda pública estuvo marcada, entre otros, por los aspectos de inclusión social, derechos humanos, justicia, trabajo y educación. Tal vez el rasgo característico de su política fue que se intentó tomar todos estos problemas en una sola agenda, con diferentes tiempos de aplicación.

Para el área educativa, el primer plan de mediano alcance fue el de llegar a una aplicación del 6% del PBI en educación, cuando estaba apenas en un magro 2%. Ahora, la pregunta es cómo debe entenderse tamaña suba en la inversión educativa y relacionarla en términos de educación superior. En relación a este punto, hay que ver que el proceso político se apoya en cierta medida en una visión racional con respecto a la evolución del número de alumnos.

Desde 2003 a la fecha, el número de universidades nacionales se ha incrementado, pero de manera más mesurada. La Universidad de Río Negro (2007) y la de Chaco Austral (2007) dan cuenta de que la resig-

nificación ideológica fue la clave para llenar de contenido a las universidades. Es indudable el rol social que están asumiendo las universidades nuevas en el actual proceso político, gracias a que no cuentan con una inercia centenaria (como la UBA, o la de La Plata) que hace que las transformaciones sean más lentas, debido probablemente al arraigo liberal reformista que rehúsan poner en discusión. La realidad muestra que son las nuevas universidades las que están asumiendo un rol generador y multiplicador de discurso político-ideológico, con rigor pero sin academicismo abstracto.

Por otro lado, el perfil ligado a lo industrial que caracteriza a este gobierno hace consistente la aparición de un Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica. Junto con esta visión aparecieron las Becas Bicentenario (para carreras definidas como prioritarias), las becas TICs (para carreras tecnológicas relacionadas con informática y comunicación), etcétera. Ahora, la pregunta es cómo llenamos las universidades, las nuevas y las no tanto. Llenar las universidades supone llenar los quintos (sextos) años de la secundaria, y para que esto ocurra deben todos terminar la primaria, y así sucesivamente. Pero para que *todo* esto ocurra, es necesario el avance en la distribución de la riqueza, la creación de puestos de trabajo de calidad, en definitiva, la inclusión social. No busco acá analizar el problema del trabajo y la distribución, pero sí advierto su relación con el proceso educativo como un todo.

Se pueden señalar bien precisamente algunas políticas que sin dudas marcaron este proceso: la Ley Nacional de Educación brindó un nuevo marco legal donde, entre los puntos más importantes, se puede señalar la obligatoriedad desde la sala de 3 años hasta el último año del secundario y el ya mencionado aumento progresivo del presupuesto en educación. La aprobación de la Asignación Universal por Hijo, con las condiciones de vacunación y educación, redundó por ejemplo en la provincia de Buenos Aires en un aumento de la matrícula de un 15% promedio, según datos de la Dirección General de Cultura y Educación. Con este marco de fondo, sí podemos pensar en la creación de nuevas universidades, ya que en principio se estaría sembrando desde los primeros tiempos en la vida educativa de la población.

A modo de ejemplo, describiré la nueva Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ), situada en el partido de Florencio Varela de la Provincia de Buenos Aires, creada en conjunto con las universidades de José C. Paz y Moreno.

La Universidad Nacional Arturo Jauretche

En mayo de 2008, en la Cámara de Diputados de la Nación, se presentó el proyecto de ley de creación

de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, firmado por los diputados Carlos Kunkel, Marcela Bianchi Silvestre, Juan Carlos Sluga, Ariel Pasini, Luis Illarregui, Luis Cigogna, María Teresa García, Héctor Recalde, Remo Carlotto y Adela Segarra. La mera transcripción de sus fundamentos da cuenta del nivel profundo de análisis sociodemográfico del distrito de Florencio Varela y de las definiciones ideológicas que hacen a su creación. El 2 de diciembre el proyecto fue aprobado.

El proceso de discusión para la creación de la UNAJ tiene como origen unas jornadas de debate y reflexión en el Colegio Polimodal número 9, en las que se discutió la necesidad de creación de una universidad en este distrito. Claro que no sólo respondía a una cuestión territorial, sino a un planteo acerca del rol que dicha universidad debía asumir en un municipio con uno de los mayores niveles de necesidades básicas insatisfechas.

Ya desde su nacimiento, esta universidad no fue concebida como un conjunto de facultades o institutos aislados entre sí, sino que se busca una armonía entre las facultades, propiciando proyectos comunes y promoviendo la multidisciplinariedad como eje central del crecimiento académico. Como resultado de las jornadas de reflexión, las carreras propuestas inicialmente fueron: Comunicación, Agronomía,

Profesorado para Enseñanza de Nivel Medio y Nutrición. En el desarrollo del proyecto se sumaron la formación del Instituto de Ingeniería y las carreras de Ingeniería Industrial, Electromecánica, Bioingeniería e Ingeniería Informática. Desde el punto de vista pedagógico, y dando cuenta de las deficiencias que aún presenta el sistema de educación media, el primer semestre para los ingresantes es completamente común, donde se busca un doble objetivo: la nivelación, la socialización y la concienciación del estudiantado acerca de que el compromiso social le da sentido a su formación. Matemática, Análisis y Elaboración de Textos, Informática e Historia serán las primeras materias del primer año común. No como un CBC de la UBA, sino como parte de la carrera de grado. Todas las carreras estarán orientadas a prácticas sociales, con fuertes componentes de Extensión y Transferencia. Además, todas las carreras tendrán un título intermedio que permita al estudiante entrar al mercado laboral con una formación técnica sólida. Quiso la vida que quien escribe esto sea parte del equipo que arma el Instituto de Ingeniería. Espero sinceramente estar a la altura de las expectativas del pueblo de Florencio Varela. Todo indica que el primer semestre de 2011 la Universidad Nacional abrirá sus puertas a los primeros ingresantes.

“El 29 de mayo de 1973, de acuerdo al decreto número 35 que decidía la intervención de las universidades nacionales, una disposición firmada por Cámpora y el ministro de Educación, Jorge A. Taiana, establecía que Rodolfo M. Agoglia, Adolfo López Domínguez, Víctor Benamo y [Rodolfo] Puiggrós intervendrían respectivamente las universidades de La Plata, del Litoral, del Sur y de Buenos Aires. (...) El rectorado interventor de Puiggrós en la entonces denominada Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires fue sumamente significativo para los sectores peronistas de izquierdas, pues así creían reflejar una victoria en el seno del movimiento popular. Simbolizaba

el inicio de la realización de una ‘patria socialista’. Vertido en temor, esa sensación embargaba también a la derecha peronista, que acusaba al rector de *bolche* y advenedizo al peronismo. (...) El *establishment* académico preexistente se dividió entre quienes renunciaron a sus cargos o fueron objeto de remoción por razones políticas, quienes quisieron mantenerse al margen del proceso político y quienes se sumaron al nuevo proyecto. (...) Puiggrós intentó poner en marcha una transformación acelerada de la vida universitaria. Se designaron decanos próximos a la izquierda peronista. Se eliminó el examen de ingreso. Se declaró obligatoria para todas las carreras la materia ‘Historia de las lu-

chas sociales del pueblo argentino’. (...) Se instituyó la prohibición de que profesores de la casa de estudios integraran el directorio o el *staff* de abogados de las empresas transnacionales. (...) El viraje ideológico en la UBA era percibido por los entusiastas de una regeneración nacional de la cultura como la oportunidad de modificar largas décadas de marginación de la experiencia popular. No se trataba de emplear a la universidad como ariete ciego de una liberación social, sino de hacerlo con el formato de la vindicación de una cultura alternativa. (...) En término aproximativos, la universidad pasó de tener 80.000 estudiantes en 1973 a contar con 237.000 en 1975”.

Otra líder en Latinoamérica

Por Laura Arano

Para los que hace una década descreían de la posibilidad de que una mujer presidiera los destinos de un país, la realidad política y cultural nos obliga a reflexionar. Michelle Bachelet en Chile, Cristina Fernández en Argentina y ahora Dilma Rousseff en Brasil, son tres mujeres latinoamericanas, de muchas más, que se animaron a *ser*, y a las que dejaron *ser*. Mujeres que lucharon en su adolescencia, que demostraban liderazgo desde corta edad, y que además de profesionales, son madres, esposas y líderes políticas.

Más allá de que en el imaginario social colectivo se encuentra naturalizada la idea de que una mujer debe cumplir con muchos roles, hay que saber observar más allá de las construcciones sociales de una época. Porque las mujeres pueden ser más de lo que se pide que sean, y por supuesto, menos de lo que se espera que sean. Y estas mujeres han logrado colocarse en la mente de las personas, apoyadas por hombres que han sabido motivarlas, y se han ganado la aceptación de la mayoría de la población de los respectivos países.

Nada más gráfico que el discurso que la presidenta electa Rousseff brindó a la sociedad. Allí remarcó su compromiso con las mujeres, y destacó la necesidad de tener una visión más amplia respecto a la capacidad del género femenino. Dilma Rousseff tiene 62 años, es economista y, como muchos de su época, sufrió los embates de la ola de dictaduras en el continente. En su juventud fue militante del movimiento de resistencia contra la dictadura brasileña de los años 60, actuando primero en la organización de izquierda "Política Operaria" y posteriormente en uno de los más importantes grupos guerrilleros de la época, "Vanguardia Armada Revolucionaria Palmares".

Como es habitual, los cambios traen resistencias y adaptaciones, y el que se está viviendo en la actualidad no es un cambio más, sino una modificación estructural de las bases políticas en nuestro continente. Por ello no resultan raras las obstinaciones de ciertos sectores sociales y fuerzas reaccionarias que pretenden combatir el cambio. En el caso de Brasil, una República de 191,5 millones de habitantes, las expectativas y las esperanzas estaban enfocadas en la persona que las encuestas ya daban por ganadora. El triunfo fue percibido en dos perspectivas: por un lado el país se preparaba para recibir a la primera mujer en llegar al poder, y por otro lado todo se aprestaba para darle continuidad al proyecto iniciado por Lula y renovar el compromiso con la población.

El domingo 31 de octubre, Dilma obtenía el triunfo en las elecciones nacionales. El voto electrónico, una vez más, agilizó los resultados con apenas tres horas de recuento. El 56% de los sufragios fueron más que su-

ficientes contra casi 44% del opositor socialdemócrata José Serra. Si bien el ambiente fue festivo toda la semana, esa noche estalló la alegría que tanto caracteriza al pueblo brasileiro. Banderas rojas, adhesivos en formas de corazón, estrellas y decenas de otros símbolos adornaban una ciudad limpia, ordenada y arquitectónicamente bella y moderna.

La estrategia del Partido de los Trabajadores en las últimas semanas había sido dirigida a persuadir a parte del electorado indeciso, en este caso, compuesto por mayoría de mujeres. Como sucede en este tipo de votantes, son ellas quienes se muestran más reticentes frente a una figura femenina. Un sector conservador de la sociedad continúa alimentando la idea de antaño de considerar a la "mujer" como frágil, dependiente y necesitada de protección masculina. En fin, algo que quedará en las mentes de este sector, porque Dilma triunfó y demostró lo que antes demostraron Michelle y Cristina, que una mujer *puede*. El mensaje era claro. Brasil necesitaba seguir creciendo y para eso era necesario continuar con el modelo que inició Luiz Inacio Lula Da Silva. Por ello la estrategia de Rousseff fue colocarse ante el electorado como la continuación del gobierno de Lula, garantizando a la población el mantenimiento de las políticas sociales y económicas.

La economía fue un factor central a tener en cuenta, tanto por los candidatos como por el electorado. Los argumentos fueron suficientes: estabilidad y crecimiento económico, reducción de la pobreza, aumento de la renta y del crédito, reducción de la deuda externa y desempeño del país frente a la crisis económica internacional. Sumado a la fortaleza de sus propuestas, la propaganda en radio y televisión capitalizó los cambios producidos en todo el país. Rousseff se caracterizó por mostrarse como una candidata fuerte, segura y equilibrada ante los ataques de la oposición, en especial los de la Iglesia, cuyos voceros más conservadores, en alianza con José Serra, la calificaron de lesbiana terrorista y proabortista por su supuesta posición a favor de incorporar una nueva legislación permitiendo la interrupción del embarazo.

América Latina unida

El sueño de muchos, la pesadilla de otros tantos. Las fronteras están cada vez más invisibilizadas en un continente que ha ido transformándose en la última década. De modelos neoliberales a postkeynesianos, de la admiración del afuera al orgullo nacional, y de la dependencia económica a la incipiente redención del Fondo. De a poco, lento pero firme, se observa cómo los pueblos aceptan la idea de integración, no como algo impuesto de arriba hacia abajo por los líderes, sino planteado desde

el punto de vista de la hermandad, de la unión y de la lucha por una parte del mundo siempre relegada. Una nueva significación se ha ido construyendo de manera horizontal y vertical. Una construcción de sentido latinoamericano está aflorando desde hace tiempo, y ahora se ven sus frutos. Las herramientas están construidas, el modo de usarlas y trabajarlas se reinventa día a día por aquellos que tienen una continuidad y ven en la integración no sólo un concepto sino una forma de vida.

La constitución del bloque político regional denominada Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), en mayo de 2008, fue vital para darle forma a las utopías de varios presidentes y líderes latinoamericanos. Lula fue uno de los líderes que más confió en Néstor Kirchner para que se desempeñe como secretario general de la UNASUR, ya que consideraba que tenía experiencia y que conocía el continente, las diferencias y las dificultades entre países. No resultó sorprendente entonces que en la sede del Partido de los Trabajadores de Brasilia, en plena jornada de comicios, se solidarizaran con el pueblo argentino frente

a la tan dolorosa muerte de quien fuera uno de los presidentes más queridos. Entre tanta tristeza argentina, ser testigo de la felicidad de nuestros hermanos brasileños ayuda a seguir con el modelo regional de integración que pensaron Bolívar, San Martín y Artigas.

Este proceso de integración va a depender de los esfuerzos de cada país, de los espacios que generen para conocerse entre sí, para conocer las culturas y las distintas visiones de mundo que los caracterizan. En otras palabras, la integración avanza en la medida que las fuerzas políticas estén comprometidas en una visión integracionista.

Considero oportuno retomar una de las frases más felices de Rafael Correa a la hora de pensar este modelo latinoamericano: “la revolución ciudadana debe ser la revolución de la alegría... Que no nos quiten la alegría”. Y no olvidarnos lo que presagió el general Perón cuando dijo que “el mundo del futuro se está orientando hacia nuevas formas donde ya no tendrá sentido analizar los problemas como exclusivamente nacionales”.

En el nombre de Evita

Por Carla Echichure Castro

En 1951 por primera vez las mujeres hicimos uso de un derecho legítimo, cuando Eva Perón se puso delante de la conquista del voto femenino. Fue el comienzo de un camino lento pero inspirador, siempre con su nombre como bandera y con su presencia permanente como guía frente a cada nueva posibilidad de igualdad. Aún hoy cada militante la invoca cuando exige las mismas reglas a igual capacidad. Las mujeres de la política debemos encuadrarnos dentro de la “rama femenina”, el Consejo de la Mujer o el “cupo femenino”, todas formas de inserción que hemos instrumentado para poder ocupar espacios que por militancia y esfuerzo no había sido reconocido. Aun así, miles de mujeres silenciosas trabajan política y socialmente para la construcción de un peronismo que exprese el contenido ideológico que nos legaron Perón y Evita.

Con la llegada de Cristina gobernando los destinos de la Patria, me pregunto si nuestra poca o mucha participación depende más del espacio de militancia que ganamos y que nos convoca y nos referencia, del reconocimiento a nuestro trabajo o del oportunismo de seguir la moda poniendo un nombre para demostrar amplitud. La inteligencia radica en saber aprovechar estas iniciativas –de valoración o no– y construir desde el espacio ganado. ¿Quién puede dudar de la

capacidad y la preparación intelectual de la presidenta de la Nación? Sin embargo, ante la dolorosa pérdida del ex presidente Néstor Kirchner, escuché en varios lugares, de muchos compañeros y también de comunicadores, hacerse la pregunta “¿esta mujer va a aguantar?”. Si el caso hubiera sido a la inversa, alguien se preguntaría “¿este hombre va a aguantar?”. Parece que la supuesta fragilidad femenina es proclive a perder entidad y ante el dolor no poder coordinar ideas, pensamientos o gestión. A la vez no se respeta ese dolor. Y la conducción que –de acuerdo o no con las formas– ejerce la primera mandataria con firmeza y vocación es objeto de los análisis más diversos, aun cuando el mundo demuestra que el género no es determinante, sino la formación, las convicciones, el trabajo y la entrega.

El año próximo, frente a una nueva instancia donde los ciudadanos van a ejercer la verdadera muestra de poder del pueblo, vamos a volcarnos todas a la lucha por demostrar una vez más que en esta Argentina de hoy podemos crecer desde los hechos, demostrando fehacientemente que estamos preparadas para acceder a los lugares que nos pertenecen como iguales.

El peronismo es vanguardia en la defensa de nuestros derechos, a pesar de la discriminación de los sectores. Pero sin duda alguna, las dos mujeres

más representativas de la Historia Argentina hasta hoy son –por convicción, por elección y también por amor– peronistas. Evita, única e irreplicable, y Cristina, primera presidenta electa. Ésta es la mayor muestra de nuestro compromiso de no claudicar ante las adversidades o las imposiciones de compañeros, cada vez menos expuestas pero no por eso inexistentes. El poder expresarlo es una demostración de que hay un cambio real que está en marcha. Esto debe animar a la participación para la integración de todas en un espacio plural, donde el debate sea rico en ideas y podamos construir con aportes desde la militancia, que es sin duda el lugar de pertenencia de cada uno de los peronistas, sin distinciones de clase ni de género.

El país merece madurez y honestidad en la discusión y responsabilidad en la transición generacional. Debemos dejar paso a otras conquistas, tales como la inclusión en la educación, como base de un proyecto que dé igualdad de posibilidades a las generaciones que nos siguen. Y, por sobre todo, la reivindicación de la política como herramienta de representación de la sociedad ante cada lugar de participación que democráticamente sea otorgado.

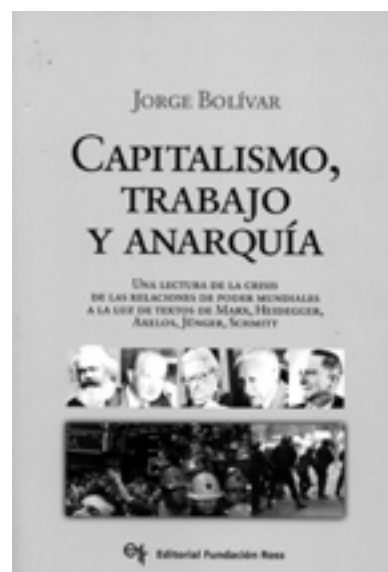
El pueblo será siempre peronista, porque todos los cambios fundamentales se han construido desde estas banderas.

Jorge Bolívar

Capitalismo, trabajo y anarquía

Una lectura de la crisis de las relaciones de poder mundiales a la luz de textos de Marx, Heidegger, Axelos, Jünger y Schmidt

Rosario, Fundación Ross, 2010, 384 páginas



Leyendo este texto, uno tiene la sensación de ser invitado a entrar en el taller del filósofo a acompañarlo en el proceso de elaboración de su pensamiento. Desde el vamos, este no es un libro convencional que admita una síntesis también convencional. Y ocurre que Bolívar no es un profesor de filosofía de esos que escriben introducciones fáciles a pensadores reconocidos, sino que es él mismo un pensador que emplea el instrumental teórico que le brinda el quinteto de filósofos mencionados en el subtítulo para estimular nuestra inteligencia, a fin de desentrañar las claves que nos permitan comprender la problemática del mundo contemporáneo, especialmente a partir de la crisis iniciada en 2008. Crisis que, como señala Bolívar, comenzó en el sector financiero de los Estados Unidos para luego hacerse global, afectando todas las dimensiones de la vida social, política y cultural.

Mucho se ha escrito ya al respecto y el lector de esta reseña podría pensar que se trata de una lectura más, y que estando al tanto de estos acontecimientos a partir de los suplementos económicos y culturales de los principales diarios, no merece la pena enroscarse en una reflexión más abstrusa y compleja. Sin embargo, la originalidad de esta obra radica en que va al centro de la cuestión desde una posición poco convencional y, sobre todo, carente de la usual y tediosa corrección política a la que nos tienen acostumbrados los pseudo-intelectuales canonizados por los medios y la academia oficial. Así, va más allá de los debates a favor o en contra del capitalismo, de su carácter irracional en la toma de decisiones o de sus posibilidades intrínsecas para salir airoso de la crisis. Trascendiendo esta discusión, no tanto por considerarla equivocada sino insuficiente, y siguiendo su obsesión filosófica de toda la vida: el estudio del poder, Bolívar se adentra en el análisis del carácter anárquico del actual proceso global. “La anarquía que nos interesa –dice– es aquella que permite ver en nuestros días, atrás de lo que calificamos como irracional, a la ingobernabilidad global de los grandes procesos históricos en los cuales los hom-

bres de todas las latitudes nos encontramos jugados planetariamente”.

Hace unos meses, Mario Casalla me decía que todo buen escritor, sea de literatura, de ciencia o de filosofía, en definitiva lo que hace es contar historias. Lo demás no son más que *papers* (o *pelpas*, como prefiere decir Pepe Paradiso) para hacer carrera en la academia o conseguir algún subsidio de investigación. Pues bien: acá Bolívar cuenta una historia: nuestra historia, la de los tiempos que corren. Y la cuenta como se debe contar: con inteligencia y con pasión. Incitando. Provocando. Sin ingenuidades ni complacencias. Adoptando posiciones muchas veces discutibles, pero siempre dando que pensar. No digo *haciendo* pensar. Digo *dando que pensar*, que es otra cosa.

Pero dejemos hablar al autor: “este libro está interesado en lo básico en problemas de política internacional y en la dificultosa relación entre los estados nacionales y los mercados globales dominados por intereses económicos privados. Está interesado también en el problema cultural que, detrás y por encima de los acontecimientos históricos, construye pensamientos y lenguajes de mundos en proceso de cambio y movilización planetaria. También se encuentra atraído y dinamizado por la unión de la tecno-economía con las tecno-ciencias que conforman el corazón, y a veces hasta el cerebro, de la sociedad del conocimiento y de la información. (...) El protagonista más o menos secreto de estas reflexiones es el trabajo y la figura del trabajador y su compleja relación con el capital y con el poder”. Poder que no es lo opuesto a la libertad, como creen los intelectuales bien pensantes, sino lo opuesto a la impotencia, como bien saben los trabajadores.

Enrique Del Percio

Alicia Poderti

Diccionario del peronismo

Buenos Aires, Biblos, 2010, 252 páginas



Si estaba pensando en comprarse este libro, no lo haga. Ahórrese la plata para poder pagar el *Perón* de Piñeiro Iñíguez o los dos últimos libros de Jorge Bolívar, que son trabajos serios. El *Diccionario* de Poderti tiene voces por orden alfabético, pero la mayoría de las explicaciones son insólitas. Por ejemplo, en “De la casa al trabajo y del trabajo a la casa”, dice: “frase muy utilizada durante los dos primeros gobiernos de Perón, que refuerza pilares fundamentales de las políticas en materia laboral y habitacional”, y sigue con una descripción de las políticas de vivienda del período 1946-1955...

Lo único bueno que se puede decir de este libro es que su autora intenta equilibrar entre visiones positivas y negativas, aunque pocas veces lo logra. El *Diccionario* sólo contempla además el período 1943-1976, y no ofrece explicación alguna sobre ese recorte.

Se trata de un proyecto ingenioso con un título “marketinero”, aunque el lector tiene que estar muy informado para entender su contenido, lo cual representa un contrasentido para un diccionario. La mayor parte del texto es cita de otros libros (transcribe generosamente trabajos de Sidicaro y Juan Carlos Torre), con lo cual comparte limitaciones con la mayor parte de la literatura académica sobre el peronismo. Pero además, respecto de algunos autores sólo parece haber tenido acceso a sus obras menos idóneas para interpretar algunas etapas del peronismo. Por ejemplo, de Ernesto Goldar no parece haber conseguido *¿Qué hacer con Perón muerto?*, un libro que le habría ayudado a comprender la relación entre Perón y la izquierda peronista. La sensación que deja el *Diccionario* es que su autora sólo leyó lo que tuvo a mano. Esto también se intuye cuando usa como fuente –con demasiada frecuencia– algún libro cuyo tema principal no tiene relación con la palabra que intenta explicar.

Además de las limitaciones propias de la bibliografía a la que accedió Poderti, se agregan sus propias confusiones conceptuales. Por ejemplo, su definición de “Estado-Nación” es pavorosa: lo confunde con “intervención del Estado en la economía”. Tampoco tiene lógica la importancia que brinda a diferentes

términos: por ejemplo, no es probable que alguien ignore que los principios de independencia económica, soberanía política y justicia social son fundamentales para entender al peronismo. Pues bien, en cada una de estas voces ofrece pésimas definiciones. Llega a sostener que la concepción de Juan Perón “acerca de una nación económicamente libre y políticamente soberana fue resultado, según los historiadores y economistas, de las expectativas del líder acerca de la inminencia de una tercera guerra mundial”. Igualmente pobre es la explicación de “comunidad organizada” y otros conceptos. Otro ejemplo: “dentro del ideario peronista, el capital es perjudicial porque se convierte en instrumento de dominación”. Pero algunas páginas más adelante la misma Poderti cita a Perón, quien varias veces afirmó “no somos enemigos del capital, aun foráneo, que se dedica a su negocio, pero sí lo somos del capitalismo, aun argentino, que se erige en oligarquía”.

De la misma forma, hay extensas citas que son tan inadecuadas que uno se queda sin saber qué significaba para la autora la palabra bajo la que fueron transcritas. La inclusión de algunas personas cuya biografía se reseña es también caprichosa: ¿por qué está Walsh y no Jauretche? ¿O por qué López Rega y no Carrillo o Miranda? Y ya que estamos, habría que recordarle a la autora que López Rega no fue ministro de Bienestar Social “al regreso del líder” (Poderti lo dice dos veces), sino que fue designado por Héctor Cámpora el mismo 25 de mayo de 1973. Perón aún estaba en Madrid.

En fin, un ingenioso emprendimiento comercial que refleja las insuficiencias de la mayor parte de la bibliografía reciente con pretensiones académicas sobre el peronismo: improvisada, abiertamente sesgada y hasta con frecuencia desinformada.

Paula Montes

Edi Zunino

Patria o medios

Buenos Aires, Sudamericana, 2009, 352 páginas



El año pasado, el secretario de redacción del diario *Perfil*, Edi Zunino, publicó su primer libro: *Patria o medios*. La propuesta, en pleno contexto de la “pelea del gobierno con la prensa”, pretendía ser un aporte a la reflexión sobre la “loca guerra de los Kirchner por el control de la realidad”. Tal pretensión habría sido interesante si el autor hubiese sido más equilibrado a la hora de reconstruir la (siempre) compleja trama de disputa entre los medios y la política.

Con el hallazgo del título marketinero, la publicación se convirtió pronto en un *best seller*. Más aún, la promesa de explicar la lógica de actuación del gobierno kirchnerista en materia de medios es un buen gancho para aquellos preocupados por comprender las relaciones del sistema político con el sistema de medios. Sin embargo, el libro termina por convertirse en un duro maniqueísmo donde “el periodismo” parece ser el bueno y “el gobierno K”, definitivamente, el malo.

La problemática de la política y los *mass media* constituye un extenso capítulo en la historia de la comunicación. En la Francia de los cardenales Richelieu y Mazarino, por ejemplo, los periodistas eran perseguidos y censurados para que no publicaran sus opiniones en las páginas de las gacetas. En un intento por controlar el avance de la prensa gráfica, el Parlamento inglés aprobó en 1712 el impuesto al timbre (*Stamp Act*), que no tenía otro objetivo más que el de evitar que los lectores pudieran comprar los periódicos por sus precios excesivos. Se evitaba así la influencia de los diarios en la opinión pública; se los llamó entonces “impuestos al conocimiento” (*taxes of knowledge*). Existen otros muchos ejemplos de las relaciones de tensión entre ambas actividades, en diferentes regímenes políticos y salvando muchas distancias.

Desde sus orígenes, el periodismo tuvo siempre la finalidad de investigar y difundir informaciones. La profesión se constituyó como la única socialmente legitimada para informar. Si a esto le sumamos los aportes de diferentes teorías de la comunicación que señalan que la función principal de los medios es construir realidad(es), podremos comprender mejor

por qué desde el sistema político ha habido siempre una necesidad de seguir de cerca la actividad periodística. Aquí el “seguir de cerca” no tiene que ver necesariamente con el “apriete” ni con la censura, reconociendo no obstante que esas prácticas existen en las democracias, tal como lo documentan los informes de algunas organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales sobre la situación en la que los periodistas desarrollan su profesión. “Seguir de cerca” quiere decir que el sistema político debe observar lo que los medios de comunicación tematizan por una simple razón: la opinión pública debate los temas que los medios agendan y ese debate produce tomas de posición. Luego, las problemáticas agendadas por los *media* demandan soluciones, y la política, como el sistema social que debe tomar decisiones vinculantes para el colectivo, debe reaccionar frente a ellas.

La visión de Zunino trata de demostrar que los Kirchner intentan monopolizar esa construcción de la realidad para influir —manipular en la reflexión del autor— en la percepción de los públicos sobre diferentes temáticas. Sin embargo, pasa por alto que en general los gobiernos, nacionales y extranjeros, también han buscado y buscan permanentemente desandar el camino de la influencia en la opinión pública. Es decir, estamos ante un mecanismo estratégico (y no exclusivo ni excluyente del kirchnerismo) que, en cada contexto político, recibe caracterizaciones diferentes.

La relación de la administración actual con “la prensa” ha tomado más visibilidad dado que hay un enfrentamiento explícito entre dos grupos que detentan, en un mismo plano, el poder político y el económico: el Gobierno y el multimedios Clarín. El rescatable propósito de pretender dar cuenta de este enfrentamiento y de otros, por momentos logrado, hace que el autor no repare en la explicación de las causas profundas de la relación “Gobierno vs. Periodismo”. En el

marasmo de las descripciones de color, las anécdotas (algunas muy interesantes, por cierto) y la imperiosa necesidad de mostrar a los Kirchner como los “malos” de esta historia, Edi Zunino olvida destacar la posición, en tanto ciudadanos-lectores, en la que nos han ubicado de uno y otro lado: la de rehenes en una disputa de intereses políticos y económicos.

Para terminar, marquemos lo bueno, lo malo y lo feo del libro. Lo bueno: las descripciones de las distintas situaciones y anécdotas son atrapantes y hacen avanzar rápida y ágilmente la lectura. Es un gran mérito del autor la correcta administración de las técnicas narrativas. Asimismo, es destacable que Zunino recurra a la metáfora de la política como espectáculo público; en la portada del libro, por ejemplo, hay un listado de los actores del drama político y periodístico.

Lo malo: la no identificación de las fuentes informativas produce gran tensión en la lectura. Como

ocurre en los casos en que hay un abuso de esta modalidad, esa estrategia tan utilizada por el autor a lo largo del libro atenta sin dudas contra la verosimilitud de la información. Hay algunas afirmaciones muy contundentes que no siempre tienen su debido correlato referencial.

Lo feo: en realidad esta es una crítica a la escasa presencia del periodismo gráfico de investigación en general en nuestro país. La actualidad argentina, con sus muchas problemáticas, puede convertirse en un privilegiado escenario de actuación donde los medios puedan ejercer el nuevo rol que les toca en las sociedades democráticas: el control. Ese tendría que ser el rumbo de las investigaciones periodísticas serias preocupadas por denunciar al poder y sus abusos. Lo demás sólo es mero maquillaje del elenco estelar.

Marina Acosta

“Con el cambio de siglo emergieron, en una buena parte de Latinoamérica, gobiernos identificados con consignas y programas de izquierda y, entre algunos de ellos, formas y prácticas de estilo populista. Al margen de la pretensión común de pertenecer a una nueva izquierda regional, estos gobiernos difieren ampliamente en origen, estilo, discurso, formas de apelación, base social, alianzas de intereses y políticas. Uno de los rasgos más notorios de estas nuevas experiencias políticas es la acumulación de numerosos episodios públicos y subterráneos de conflicto con la prensa y los medios. Parece así relevante preguntarse si estos episodios de radicalización y polarización que involucran a actores gubernamentales que asumen estrategias de confrontación, de un lado, e instituciones mediáticas y periodísticas que radicalizan sus roles oposicionales, del otro, constituyen alguna novedad para la región y para el universo de los regímenes democráticos.

Estas ‘guerras mediáticas’ abiertamente combatidas no han escapado a los ojos de múltiples observadores. Sin embargo, entre éstos han predominado miradas fuertemente politizadas y

partisanas. De un lado, las causas disparadoras de las dialécticas gobierno-prensa han sido atribuidas a los estilos populistas y autoritarios de jefes de estado como Chávez, Morales, los Kirchner o Correa, los cuales son vistos como incompatibles con los estándares occidentales o demo-liberales de libertad de prensa. Del otro lado, algunas interpretaciones sugieren que en los países en los que hubo un giro político hacia la izquierda, los opositores a las agendas reformistas de estas nuevas experiencias políticas, huérfanos de otros instrumentos políticos, han refuncionalizado a los conglomerados de medios y a la gran prensa como ‘grupos de combate en la línea del frente’, en una amarga lucha por ‘los corazones y las mentes’ en la que la estrategia dominante es denegar legitimidad y erosionar la autoridad de los nuevos liderazgos políticos regionales. (...)

Donde los partidos son débiles en la movilización de apoyos o en los lazos con la sociedad, parecen ganar relevancia los liderazgos personalistas y centrados en el activismo mediático. Simultáneamente, donde la política partidaria es débil, los medios tien-

den a convertirse, supletoriamente, en la arena en la que las voces opositoras buscan ganar acceso público.

Otro aspecto relevante está constituido por la así llamada organización de la sociedad civil. Este fenómeno global está ligado a nuevas formas de contestación política que desafían a la construcción de mayorías electorales como fuente exclusiva de legitimidad política. Argentina parece sugerir una hipótesis a testear sobre la relación entre la fortaleza de la sociedad civil y la performance política de las estrategias activistas de los gobiernos considerados, en la medida que, impulsado originariamente por la fortaleza de su movimiento de derechos humanos, es un caso notable de desarrollo de una sociedad civil en el período posttransición. Este desarrollo ofreció un repertorio de categorías al cuestionamiento a la política partidaria que hizo eclosión en diciembre de 2001. Este cuestionamiento a la política, no desaparecido con dicha crisis, parece enfatizar y reforzar la tendencia institucional general del periodismo consistente en disputar representatividad a la política ante la opinión pública”.

Philip Kitzberger: “Giro a la izquierda, populismo y activismo gubernamental en la esfera pública mediática en América Latina”.

En Bernardo Sorj (compilador): *Poder político y medios de comunicación*.

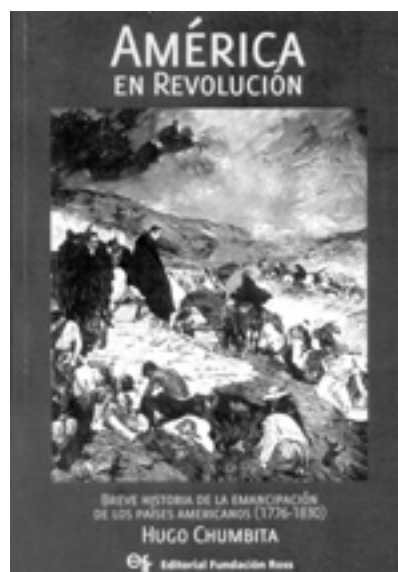
Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

Hugo Chumbita

América en Revolución

Breve historia de la emancipación de los países americanos (1776-1830)

Rosario, Fundación A. Ross, 2010, 294 páginas



Hugo Chumbita propone en este libro una visión de conjunto de las luchas independentistas en América, “considerando que es la perspectiva adecuada para comprender sus alcances”. Cada capítulo corresponde a una subregión, iniciando con los precedentes de las revoluciones de Estados Unidos y Haití, y llegando hasta la “transición no revolucionaria del Brasil”, pasando por la Gran Colombia, el Plata, Chile y Perú, México y Centroamérica.

El objetivo que asume Chumbita es claro: “contra el sesgo eurocéntrico de la historiografía que aún impregna el enfoque de nuestra realidad, el desafío no es desentendernos de estudiar el contexto externo, sino situarnos en el punto de vista americano. Un presupuesto básico es recusar la concepción unilineal del progreso según el patrón civilizatorio occidental. Un criterio metodológico es tomar en cuenta los factores internos del dinamismo histórico, que precisamente se manifiestan con pleno vigor en los momentos revolucionarios. (...) En los medios académicos proliferan visiones conformistas, presuntamente objetivas, funcionales al interés de las elites o de ‘los vencedores’ para justificar lo que se hizo como un devenir ineluctable. Sin embargo, deberíamos negarnos a absolver retrospectivamente los crímenes que se cometieron contra los pueblos vencidos, así como las abdicaciones en la causa por la emancipación. No podemos pasar por alto los proyectos que pugnaron por otro horizonte, los esfuerzos por construir una sociedad para todos los americanos, las utopías que continúan gravitando en la experiencia y la memoria colectiva de los postergados”. Esta larga cita sirve no sólo para describir el contenido del libro de Chumbita, sino además para resumir una posición política sobre la historia que consideramos legítima, especialmente si se la contrasta con la historiografía oficial, así como con buena parte de la bibliografía de difusión de las grandes editoriales.

Párrafo aparte merece Haití, la primera revolución a la vez antiesclavista y anticolonial. No sin retrocesos, su lucha emancipatoria conducida por ex esclavos presagió el destino del resto del continente: “Haití

sirvió de refugio y sostén a numerosos patriotas venezolanos, mexicanos y caribeños”.

Sin embargo, Chumbita no ahorra la descripción de los claroscuros de un legado conflictivo, tal como el que dejaron los movimientos de emancipación en su conjunto: “generaciones de indios, negros y otros pobladores nativos habían sido explotados y reprimidos, condenados a un trato degradante, excluidos de la sociedad política, y los criollos de la clase alta se habían formado en la escuela de los colonizadores”. Por eso, en la visión de los libertadores, ni los pueblos, ni las “clases ilustradas”, estaban preparados para la vida republicana, y “los nuevos grupos dirigentes tendían a reproducir e incurrieron en los mismos atropellos del despotismo colonial”. Se elaboraron así repúblicas de minorías que entregaron los nuevos países a nuevas formas de dependencia. “El civilismo republicano era la máscara de la aristocracia neocolonial, y la fuerza de la revolución nacional era esa masa popular en armas que comandaban los libertadores”. Con ellos cerraron filas los campesinos mestizos y “nutrieron la caballería de los ejércitos patriotas, el ariete que definió la guerra”. Señala Chumbita que “no casualmente las dos grandes movilizaciones militares que batieron el continente sur partían de las pampas y llanos donde brotaron aquellos bravíos jinetes”.

El mérito principal de este libro es aportar, con un lenguaje sencillo y en muy pocas páginas, una visión sintética, de conjunto, que permite entender la relación entre las luchas por la emancipación de los pueblos y los nuevos ideales y tensiones que ellas despertaron sobre la estructura social colonial. Surgieron así nuevas fuerzas que, si bien no triunfaron inmediatamente, comenzaron a germinar a lo largo del siglo XX y en esta primera década del XXI.

Pedro Blazco

Mariano Fontela

Peronismo y Ciencias Sociales

Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2010, 288 páginas

Mariano Fontela busca en este libro revisar los ideales del peronismo a partir de conceptos de las ciencias sociales habitualmente usados en el debate público. Cada uno de los capítulos avanza así analizando en forma crítica la forma en que suelen tratarse en los ámbitos académicos –tanto en los antiperonistas como en los que se asumen como peronistas– ideas tales como “crisis de representación”, “reforma política”, “distribución del ingreso” o “inclusión social”. Más que aportar a un enfoque estrictamente científico, *Peronismo y Ciencias Sociales* plantea la estructura de una propuesta conceptual que puede servir para la práctica política, examinando alternativas para vincular aportes del mundo académico con los principios de justicia social y soberanía popular. El autor advierte que no pretende con este trabajo fijar posición respecto a una teoría determinada. Así, toma licenciosamente ideas de autores de distintas vertientes ideológicas, según la conveniencia para el análisis de cada tema. Es sabido que el peronismo es un movimiento que no adhiere a una ideología cerrada. Tampoco Fontela lo hace.

En los últimos 65 años los peronistas elaboraron ideales políticos y sociales diferentes a los que suelen imperar en los partidos de las principales potencias del mundo. En ellas las universidades construyen teorías y conceptos en ciencias sociales que sirven para forjar y delinear valores afines a los de sus partidos políticos. El peronismo también es tributario de un humanismo peculiar, del que bien podría dar cuenta al resto del mundo si tuviera mayor disposición a hacerlo. Sus manifestaciones artísticas suelen reflejarlo más cabalmente que sus modestas industrias intelectuales. Si se tienen otros valores, hay que tener otras ideas. Pero se siguen estudiando teorías ajenas. A veces incluso pareciera que lo “científico” fuera desacreditar los ideales políticos locales. No es así en Europa o Estados Unidos. Allá se escriben libros que usan conceptos convenientes para expresar valores políticos y sociales de esas latitudes, que son sin embargo distantes del ideario peronista. Muchos de los estudiantes universitarios argentinos adoran el aura que



rodea a sus autores. Después, una vez que se ilustran, tienen enormes dificultades para expresar sus ideales con conceptos de las ciencias sociales. Hasta algunos sienten pudor si tienen que usar en la universidad palabras con las que pueden expresar perfectamente sus convicciones, enormemente cargadas de sentido, pero poco “científicas” simplemente porque no están en los libros venerados (ver al respecto el comentario de María Cristina Reigadas). A veces incluso resuelven esta tensión desarrollando una ignorancia ilustrada, consistente en considerar afines al peronismo ideas que contradicen sus fundamentos doctrinarios más elementales, o en reconocer culpas históricas inexistentes, fraguadas por la ficción militante de historiadores gorilas. En respuesta a esta rutina, el propósito de Fontela no fue tanto contribuir a crear una nueva teoría científica, ni mucho menos restaurar la terminología completa del peronismo fundacional, sino reflexionar sobre las consecuencias prácticas de ciertos debates recientes en las ciencias sociales.

En este libro buscó además poner en cuestión una tendencia de la ciencia política a avanzar distanciada de las teorías sobre la justicia social, de la misma manera que el debate sobre la justicia social tiende a producirse con independencia de las deliberaciones acerca de lo que debería ser la democracia latinoamericana en el siglo XXI. Las ciencias sociales a veces parecieran asfixiar en las universidades cualquier reflexión que se aparte de las condiciones momificadas de una “ciencia normal” aséptica y vaciada de sujetos políticos y sociales concretos. Fue también en respuesta a este acartonamiento que el autor se permitió cierto desprejuicio en el manejo de distintas vertientes y aportes.

El eje argumental de *Peronismo y Ciencias Sociales* es el siguiente: las ideas políticas suponen valores, y éstos implican opciones y responsabilidades. Eso di-

ferencia a la democracia de la publicidad comercial: el debate público en el que los partidos participan no sólo trata sobre beneficios; también incluye los costos y las responsabilidades que debe asumir cada sector social en cada decisión común. Por eso, no va a haber reforma política si no cambia lo que la sociedad le pide a la política. Este es el desafío que debe asumir hoy el peronismo: demostrar que las ideas se pueden debatir abiertamente para transformarlas en decisiones políticas concretas.

Muy esquemáticamente, se puede decir que un partido político debe cumplir dos condiciones para ser tal: establecer una estructura colectiva de poder y proponer un proyecto de gobierno. Es decir, organización e ideas, las dos cosas juntas. Una organización sola, sin ideas, no es más que una empresa que distribuye dividendos entre sus socios. En el extremo, son las ideas las que le dan su razón de ser a la organización. Por eso los partidos son “instituciones fundamentales del sistema democrático”. No porque garanticen la competencia

electoral –bien podría existir competencia sin partidos, como lo prueba nuestra experiencia reciente–, sino porque permiten que la comunidad política pueda a través de ellos gobernarse a sí misma.

En política, la superioridad de las organizaciones colectivas por sobre las personalidades reside precisamente en que aquéllas permiten que las lealtades se funden más en ideas que en beneficios materiales. Si bien este planteo puede parecer para algunos lejano a supuestas tradiciones domésticas, lo cierto es que forma parte de la doctrina del movimiento peronista. Contrariar prejuicios y asignar costos concretos para distintos sectores sociales es mucho más trabajoso que señalar culpables –que es casi a lo único que se reduce hoy la discusión política en la Argentina–, pero es el camino que los partidos políticos conocen para construir una democracia donde el único soberano sea el pueblo.

Alberto Roig

Epistemología ferroviaria

Por María Cristina Reigadas

En la Argentina la construcción del pensamiento sociopolítico se ha visto obstaculizada por: a) la recurrente práctica de negar y olvidar la propia historia (tal como señaló Rodolfo Kusch), b) pretender empezar siempre de cero y c) la tendencia a la copia (tematizada por Leopoldo Zea). Estas tres cuestiones están encadenadas: la negación de la historia impulsa a un eterno recommienzo. Y éste, dado que no podemos beneficiarnos con la experiencia –por ser negativa–, nos lleva a echar mano de las ideas de moda y a aplicarlas sin más trámite. No es aquí oportunidad para entrar en el debate epistemológico acerca de la relación entre ideas y realidades y entre qué es lo propio y qué lo ajeno. Pero sí para señalar la tendencia a adoptar ideas acríticamente, más legitimadas por su origen (autores consagrados, en particular europeos) que por su calidad de herramientas aptas para comprender y reelaborar nuestra realidad. Abusamos de la repetición, de la retórica verbalis-

ta y de los ideologismos. Creemos que hablamos de cosas y personas, cuando nos limitamos a farfullar palabras. Tenemos dificultad para aprender de nuestra propia experiencia, a la que fácil e ilusoriamente solemos reemplazar por la experiencia de otros. En suma, sin negarlo, es hora de ir más allá del colonialismo mental que oscila entre amar “lo ajeno” (modelo) o recluarnos en “lo propio”, primero esencializado, luego vaciado de contenido y finalmente odiado. Olvidando que somos producto de mestizajes, cruces e hibridaciones. Y que el valor de las ideas no reside en su origen, sino en su potencia creativa y en el uso que seamos capaces de darle.

El peronismo haría bien en dejar de pensar en términos de incomprendida excepcionalidad y someterse a una crítica y autocrítica radicalizada. En primer lugar, liberándose de la interpretación criolla del intelectual orgánico que básicamente se ha reducido a dar letra o a convertirse en una voz sumi-

sa que la ratifica. Paradójicamente, el mismo peronismo que se queja de los males del coloniaje mental –brillantemente denunciado en su momento por Jauretche y Scalabrini Ortiz– poco ha hecho para superar en los últimos tiempos la “epistemología ferroviaria” –comunicación radial entre nosotros (americanos) y los otros (europeos)– y la oscilación de amor-odio presente en la misma. ¿Por qué en vez de quejarnos de incomprendidos, propias y ajenas, no nos ponemos a conversar con todos los otros, con los cercanos y los lejanos, con los viejos y con los nuevos (aunque también viejos) otros que están hoy irrumpiendo en el escenario mundial y a quienes seguimos ignorando? Me refiero a los otros de los países emergentes, a los otros del Asia, pero también de África, con quienes deberíamos dialogar y cooperar para construir un mundo mejor. Sin creernos el ombligo del mundo, pero tampoco los peores. Así nomás, aprendiendo juntos.

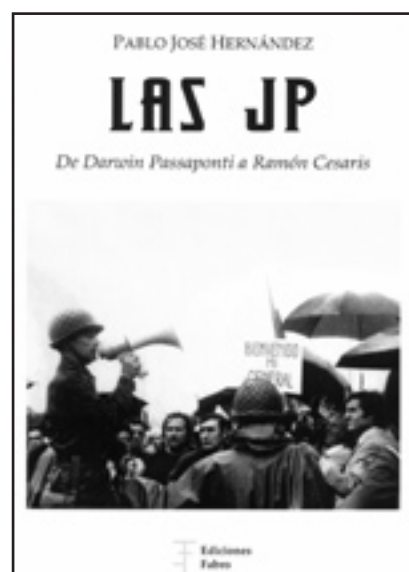
Pablo José Hernández

Las JP De Darwin Passaponti a Ramón Cesaris

Buenos Aires, Fabro, 2010, 176 páginas

Sandra Ms Gee Deutsch en *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932, La Liga Patriótica Argentina*, refirió: “en América Latina, [los grupos contrarrevolucionarios] han merecido poca atención por parte de los académicos, comparada con la que se prestó a los grupos de izquierda. (...) Pocos historiadores han examinado las condiciones y los motivos que influyeron en la formación de los grupos contrarrevolucionarios o el contenido social y económico de sus ideas”. Algo parecido, aunque en otro sentido, sucede con el estudio histórico de los dirigentes, grupos y organizaciones de la Resistencia Peronista. Mejor dicho: con aquellos que no confluyeron en las filas del peronismo de izquierda, Montoneros o la Tendencia. En ámbitos académicos y de divulgación ensayística sobrealundan trabajos sobre documentación, historia oral, análisis sociológicos y tesis politológicas de la izquierda peronista. La línea Cooke-Montoneros-Tendencia-Patria Socialista es hegemónica en muchos noveles investigadores, según lo que se aprecia en las librerías y en trabajos presentados en jornadas sobre historia reciente. Desde la reprobación fácil o la simple descalificación de englobar a los grupos de la centralidad peronista como “derechistas”, tuvieron y tienen que acarrear con prejuicios desde el sector académico que no los considera como objeto de estudio. También desde cierto sector de la militancia que aún los estigmatiza, ya sea por experiencias pasadas que todavía no han cicatrizado, o por jóvenes militantes formados en prejuicios “setentistas”.

Es que el “setentismo” como categoría de análisis —esto es, la ponderación acrítica de la actuación de aquellos involucrados en la brumosa consigna de Socialismo Nacional y las acciones de sangre de la lucha armada— signó estos años de una forma especial. La generalización de los valores sustentados por aquellos que adhirieron o participaron de estos hechos, como consignas universales aplicables a todo el período y a todos aquellos que transitaron esos años, no deja de sorprender como operación política de reivindicación de los “derrotados”. Que haya sido una cosmovisión profunda en cierto sector de la militancia de la época,



con su ponderación por la verticalidad, la impronta armada, el espíritu de las guerras de guerrilla en su lucha anticolonial, el giro breve del peronismo a la izquierda ordenado por el propio Perón, la afluencia de los sectores medios posterior a la “noche de los bastones largos” y demás, no parecen determinar a toda la sociedad, ni a la vez lo hacían las respuestas que esa comunidad política podía ofrecer para superar las dictaduras militares y las democracias que mantenían proscrito al peronismo.

Como operación política es eficaz, sumando, al heroísmo de los desaparecidos, la lucha por la memoria, verdad y justicia, la resistencia a la década menemista, la ruina aliancista del 2001, el kirchnerismo como vindicador de esa generación y la elevación de Néstor por su muerte como mito fundante. Pero si como estrategia política es valedera, como parámetro de análisis devela grietas y espacios vacíos en donde también se están expresando contradicciones. A eso se le suman trabajos de Reato, Yofre y demás, que oponen una visión que desempolvó la “teoría de los dos demonios”, quizás como resultado de esta falta de debate y crítica del accionar de aquellos “setentistas” de la soberbia armada.

Sea por interés en los “derrotados”, por los que apostaron a un proyecto épico guevarista, o por afinidad con quienes objetaron a Perón, lo cierto es que son pocos los espacios en las investigaciones para el peronismo ortodoxo, centrista o leal a Perón, equiparándolos con Osinde, López Rega y el Proceso. Aún esta visión se explicita en textos y aulas, donde la palabra revelada sobre las “formaciones especiales” no debe ser cuestionada. Y los demás sectores, los “feos, sucios y malos” de la política nacional, no merecen ser tenidos en cuenta.

Por suerte hay una corriente actual de estudiosos que están recuperando el legado de aquellos subesti-

mados y silenciados. Estos militantes también pensaban y sentían el retorno de Perón como esencial para su país, y se formaban de la experiencia peronista de los sindicatos, los clubes y los barrios. Su adhesión era por tradición familiar, por comprender el fenómeno en los barrios y por entender que el pueblo trabajador se identificaba con el proyecto peronista. Estigmatizados como grupos de choque, intolerantes y “cadeneros”, estos grupos también se formaron con “la batalla de Argelia”, editaban sus periódicos, utilizaban los libros de Mao, Fanon y Debray, pero siempre tuvieron su norte en la conducción estratégica de Perón. Su adhesión al peronismo sí fue mediatizada por el fenómeno de las “organizaciones”, independizándose de los sindicatos, aunque estuviesen ligados a los mismos por su procedencia gremial. Fueron movimientistas, combativos y convencidos en su espíritu de grupo.

También es cierto que muchos prefirieron dejar de lado su experiencia militante, no reivindicar su pasado y dejar en un “halo de misterio” a la organización madre. Peleas internas, divisiones, cuestiones políticas actuales y miedos internos quizás les hayan imposibilitado dar su versión de sus años de militancia. La Tendencia fue más prolífica en escribir su historia, mientras que guardianes y demás recién ahora se están abriendo para trabajos de investigación.

Pablo Hernández, periodista, ensayista y militante de décadas, con su libro *Las JP* aporta —desde la provocación del título— nuevas miradas sobre la historia de personajes y organizaciones peronistas. Ya tuvo adelantos en *La JP del 45*, en *Patriotas y Patriadas* y en *Grandes de entrecasa*, como en notas periodísticas de su dilatada carrera. Pero aquí profundiza situaciones, personajes y organizaciones, dando voz a los apartados de lo políticamente correcto. Y a la vez sin caer en la trama del setentismo, pero evitando las colaterales del rumbo de Reato y Yofre. Lo anticipó Roberto Surra en el prólogo: “el libro (...) no se conforma con la apelación nostálgica, sino que sigue buscando futuros y lo hace con simpleza de pueblo. Es polémico, dice cosas que no a todos van a gustar, pero Pablo la expone, como ya dije, con solvencia histórica y literaria y con la autoridad moral de uno que no se entregó”. El propio autor aseveró: “cometían, los Demetrios, el mismo error que Guardia de Hierro con el Gallego Álvarez, el Comando de Organización con Alberto Brito Lima, JAEN con Rodolfo Galimberti o FORPE con Chacho Álvarez. Para el pueblo peronista el único jefe era Juan Domingo Perón”.

Entre el pulso de periodismo de investigación de Rogelio García Lupo y la impronta del adoquín de las aguafuertes de Roberto Arlt, Pablo le agrega la subjetividad militante del estar ahí, del ser protagonista

de momentos donde muchos personajes le confiaron comentarios, impresiones y sentimientos imposibles de auscultar en cualquier investigación de frío academicismo. Un trabajo de divulgación para-académico jauretcheano para las jóvenes generaciones, con carnadura para ser consultado también por especialistas. Por su trabajo desfilan Darwin Passaponti, Jorge Perrone, Tito Bevilacqua, Felipe Vallese, Alejandro Álvarez y Dardo Cabo, entre muchos otros.

Anticipa en las primeras páginas el momento clave para aquellos militantes, que fue el acto en la Federación de Box del 9 de junio de 1972, donde se perfiló la “unidad” de dichos grupos. Quién quedó al frente de ese proceso y quiénes quedaron relegados fueron motivo de las acciones que se sucedieron antes, durante y luego de las presidencias peronistas de 1973-1976. De allí empieza a desgranar aquellos nombres olvidados o sólo referenciados de boca en boca en reductos militantes que conformaron la juventud del peronismo. Desde el inicial mártir de la jornada del 17 de octubre de 1945, el militante nacionalista de UNES Darwin Passaponti; pasando por el fundador del Comando de Organización Alberto Brito Lima; el líder del Movimiento Nueva Argentina y jefe del Operativo Cóndor, Dardo Cabo; el mítico referente de Guardia de Hierro, Alejandro Álvarez; uno de los fundadores de Montoneros, Fernando Luis Abal Medina; o el militante del Movimiento de Acción Secundario, Ramón Cesaris, entre muchos otros.

En el capítulo final, “El recuerdo y la esperanza”, da las pautas de su intención y su búsqueda de analizar cómo desde 1955 el silenciamiento y el oscurantismo dominaron el país. Y jóvenes de diversos orígenes y pertenencias confluyeron en una experiencia única: ser la Juventud Peronista que posibilitó el retorno de Perón. Luego ocurrieron los enfrentamientos entre quienes desafiaron el mandato del líder, quienes permanecieron leales, y quienes aprovecharon para generar una violencia irrefrenable.

En definitiva, este libro es un notable aporte no sólo para aquellos jóvenes que por el impulso de la militancia se sientan atraídos por abreviar en las fuentes de la historia del movimiento peronista, sino para aquellos contemporáneos que pueden apreciar con otra mirada situaciones, activistas y organizaciones que por prejuicios u ocultamiento de la verdad fueron tergiversados en sus intenciones últimas.

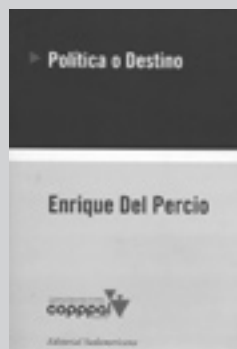
Pablo Adrián Vázquez

COPPPAL Argentina

Colección América Latina y Democracia

Enrique Del Percio
Política o Destino

Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2009, 320 páginas



Este no es un libro para idealistas ingenuos ni para realistas timoratos, sino para realistas audaces, capaces de construir una utopía movilizadora, conscientes de que la realidad está preñada de posibilidades, pero sabedores de que éstas no han de nacer solas por el mero transcurso del tiempo. (...) Este obra es un aporte insoslayable para la construcción de un proyecto nacional que nos permita ser artífices de nuestro propio destino.

Norberto Ivancich
Escritos peronistas

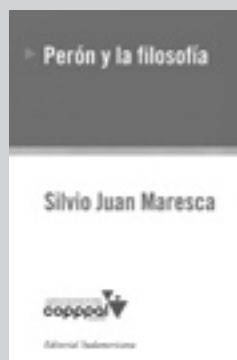
Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2007, 496 páginas



Si bien escribió varios libros, buena parte de los textos políticos de Norberto Ivancich fueron publicados en revistas hoy inhallables. Al cumplirse dos años de su fallecimiento, hemos querido editar varios de sus escritos, para hacer accesibles algunas de las explicaciones más lúcidas que se han emitido para encontrar causas políticas de las crisis que hemos atravesado en estos años.

Silvio Juan Maresca
Perón y la filosofía

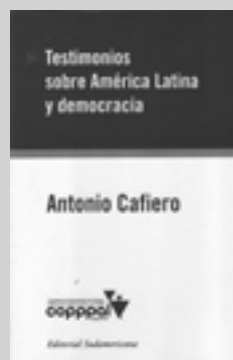
Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2008, 144 páginas



Concebido como una herramienta para quienes desean actuar en política, el libro reseña la evolución de algunas ideas cuyo hilo conductor es la búsqueda de referencias filosóficas del peronismo. Éste es un modo muy particular de ver las cosas, enraizado en una tradición. Pero su validez no consiste en repetir dogmáticamente fórmulas elaboradas en el pasado. Nada hay más ajeno a la filosofía política del peronismo que cualquier forma de fundamentalismo. El peronismo se acerca más a un modo de lectura de la realidad, a un método, que a una colección de afirmaciones dogmáticas.

Antonio Cafiero
Testimonios sobre América Latina y Democracia

Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2006, 288 páginas



Un régimen democrático sin partidos políticos sólidos es una democracia devaluada; y sin integración regional es una democracia impotente. Pretendo que estas ideas puedan nuevamente volver a ser escuchadas. Además de nuestras riquezas, los latinoamericanos tenemos un aporte que hacerle al mundo: nuestro pensamiento humanista, que siempre supo combinar la voluntad de integrar al otro con la resistencia a corromper valores, idiomas y tradiciones.

Alieto Aldo Guadagni
Braden o Perón

Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2008, 288 páginas



Una nueva perspectiva del diferendo entre Perón y Braden en la segunda mitad de la década del 40, respaldada por un sólido análisis de material documental del Departamento de Estado y otras fuentes. Perón y Braden, analizados desde una óptica objetiva, ajena a cualquier tipo de preferencia ideológica. Alieto Guadagni reconstruye minuciosamente una etapa apasionante de nuestra historia reciente, que deja obvias enseñanzas para el presente y el futuro.

María del Carmen Feijoó (compiladora)
Participación política de las mujeres en América Latina

Buenos Aires, Sudamericana-COPPPAL, 2008, 192 páginas



Estos textos dan cuenta de 150 años de historia de las prácticas sociales de las mujeres. Resumen una reformulación que tuvo como eje central el cuestionamiento del principio de que su lugar fundamental era el hogar. Muchas generaciones de mujeres superaron las restricciones de un medio hostil, discriminatorio y patriarcal, y se las arreglaron para encontrar formas alternativas que hicieron posible una agenda de reivindicaciones que mejoró la calidad de nuestras democracias.

La misión y el camino

Por Enrique M. Martínez

Ser leal a las ideas que generaron el Movimiento Justicialista resulta mucho más fácil de lo que aparenta para quienes –asumidos como eternos analistas, aun de sus propias vidas– siguen hablando de derechas y de izquierdas internas, como si en definitiva no hubiera conceptos sino sólo títulos, para peor auto asignados.

El problema de los espacios políticos que son invadidos por personajes con discursos semejantes y conductas muy disímiles es típico de las democracias, en que las periódicas elecciones se han convertido en campañas de colocación de candidatos, más que de confrontación de ideas. Es más agudo cuando el espacio es mayoritario o tiene claras opciones de triunfar en las compulsas. Como agravante, aparecen los que construyen poder con obsecuencia, especialmente presentes cuando las conducciones son muy personalistas, por historia personal o por la cultura política dominante. Sea por los ambiciosos chupamedias o por los panqueques advenedizos, resulta poco probable esperar caminos lineales, ordenados, previsibles, para los movimientos populares y en particular para nuestro Movimiento. Menos probable aún es esperar que los analistas externos, donde predomina la reacción, puedan entender esta dinámica.

Más allá de esas confusiones superficiales, se acercan los 70 años del comienzo de un camino histórico que una y otra vez reivindica su vigencia por una línea conceptual que une a Juan Domingo Perón y Eva Duarte con Néstor Kirchner y Cristina Fernández: la más íntima convicción de la necesidad de defender a los más humildes, de ayudar a construir para ellos una perspectiva digna de vida. El punto que aquí intento comentar es que resulta imprescindible dar forma concreta a esa vocación, para esta etapa histórica. Deberíamos procurar tener más claro qué significa mejorar la condición de vida de los humildes y a partir de allí, como necesario complemento, cómo creemos que se debe actuar. Porque más de 60 años son muchos y los cambios en el mundo y en la Argentina deben ser muy bien tenidos en cuenta.

El 45

La primera etapa del Movimiento se dio en un mundo que salía de la Guerra, con corrientes de comercio internacional en su mínima expresión y casi pleno empleo, después de más de una década de sustitución de importaciones. Hasta 1955 este camino se profundizó, convertido ya en lógica política superior. En una sociedad de esas características, la generación de riqueza se coloca –como problema– en un segundo lugar respecto de la distribución.

Si estamos todos trabajando, puede discutirse –y de hecho se discutió– nuestra eficiencia y nuestra productividad. Pero ante todo, se discute cómo se reparten los frutos de nuestro trabajo actual. Si además de eso la Argentina venía de una historia de tajante desprotección del trabajador, fuera rural o industrial, la misión era clara: aumentar el poder de los trabajadores y relacionar eso en forma directa a la medida más básica: el salario.

La consigna del “50 y 50” como objetivo acompañó diez años a las ideas centrales del Peronismo, junto con la gran importancia del Estado como productor, regulador, educador y protector de la salud, más la asistencia social como complemento.

Hace unos años

Sesenta años más tarde, en 2003, el mundo y la Argentina eran muy diferentes. La concentración económica a escala global llegó casi a un límite y, acorde con ella, el comercio de todo tipo de bienes entre filiales de un mismo grupo necesitaba que no hubiera fronteras de otro tipo que las políticas. La hegemonía del capital financiero, por su parte, se instaló por encima de los países e incluso de las corporaciones productivas, cuyos balances pasaron a mostrar mayores ganancias por los manejos de dinero que por la producción y distribución de bienes.

La parte del mundo que no tenía autonomía productiva ni financiera era, en buena medida, la variable de ajuste de un sistema global inestable en grado sumo. Argentina estaba y está en esa parte. Después de 20 años de recuperada la democracia, ninguno de los gobiernos desde 1983 –con matices– advirtió la importancia de conseguir esa autonomía, empezando por el plano financiero. Como sabemos, en algunos momentos se buscó con entusiasmo recorrer el camino inverso. El resultado no podía ser otro que el deterioro progresivo, que terminó en desastre. Más de 20 por ciento de desocupación abierta y una deuda externa impagable, son sólo dos de los parámetros que retratan el momento. En tal contexto el reclamo de los humildes era: trabajo y comida. Muy lejos de aquella búsqueda de equidad en la relación laboral de 1945.

Hoy

Después de siete años de gobierno justicialista se consiguió la primera de las autonomías: la financiera. Es una independencia clave para este momento histórico y además no se advierte en un horizonte cercano ni lejano que se pueda volver a poner en juego. Sin minimizar la búsqueda ni lo conseguido,

permítaseme considerar esta situación como punto de partida. Con la deuda y el FMI en las espaldas no había país. Sin esos condicionantes, podemos construir un país. ¿Cuál?

La primera tentación podría ser establecer la mejor analogía posible con aquella época de grandes logros populares. Creo que es lo que se está haciendo. Se mejora a los jubilados y el salario mínimo; se recuperan las paritarias, mientras se busca el pleno empleo. Me parece que se imagina que esta situación -3 a 4 por ciento de desempleo- abriría una instancia de presión más dura sobre el capital.

Esto va acompañado por una mejora sistemática en la infraestructura educativa y de salud, y por un esfuerzo en asistencia social sin precedentes.

Las diferencias y sus consecuencias

Admitiendo una coherencia plena entre los objetivos perseguidos en 1945 y los de hoy, aparecen las siguientes diferencias estructurales: a) ayer, un Estado productor de bienes básicos y de infraestructura; hoy, una presencia débil del Estado en esos temas; b) ayer, control sobre el comercio exterior; hoy, ningún control en ese espacio; c) ayer, estructura industrial con presencia dominante de empresas nacionales de todo tamaño y del propio Estado; hoy, dominancia de filiales de multinacionales.

Sin aburrir con otras diferencias adicionales, me permito señalar que en el marco que queda diseñado por las tres características anotadas se puede aspirar al pleno empleo. Sin embargo, se plantea, como condición de contorno excluyente para conseguirlo, la colocación internacional de producción agropecuaria e industrial, definida a partir de la conveniencia de corporaciones globales. En términos simples: menores costos que los que se podrían obtener en otros países. O de otro modo más directo: menores salarios reales y un techo para su crecimiento en prospectiva, so pena del traslado de negocios a otro lado.

Vuelvo a imaginar que eso podría suceder. En un país con tan importante producción de alimentos, se podría establecer un esquema en el que los alimentos sean baratos en divisas y por lo tanto la capacidad de compra de la población sería superior a su ingreso nominal en dólares, configurando una situación "aceptable" para todos, al menos en cuanto a la alimentación. Esta cadena de condicionalidades se puede plantear. Se puede tratar de ejecutar con alguna perspectiva de éxito de corto y aun de mediano plazo.

Sin embargo, una mirada política rápidamente indicará que un esquema estratégico para un país al que no se lo lidera -ya que se depende de las grandes corporaciones y del funcionamiento del mercado global- es muy riesgoso. Tan riesgoso que en algún momento se puede avizorar que han de reaparecer fragilidades de

similar naturaleza a las que nos acostumbró la dependencia del capital financiero internacional.

La otra posibilidad

Creo que es irremediable profundizar el análisis de las diferencias de punto de partida entre 1945 y 2003. Cuando se retrocede en el tiempo resulta natural e inobjetable que la distribución del ingreso y la soberanía política hayan sido las cuestiones liminares hace 65 años.

En tiempo presente, reitero, había y hay dos independencias a conseguir y sostener: la financiera y la productiva. La primera se logró y parece enteramente factible mantenerla. La segunda creo que no se ha planteado como objetivo cercano, ya que se ha optado por recuperar un nivel de empleo digno, meta que se está alcanzando. Considero necesario comenzar a advertir las limitaciones de este camino, que podrán poner en tensión el ideario justicialista a mediano plazo. Es hora de poner temas nuevos en el escenario, para que comiencen a tomar forma.

Me refiero, en un listado no excluyente, a cuestiones como: a) contar con una exportadora de granos, carnes y leche que agrupe al Estado y a productores primarios; b) diseñar modelos de cadena de valor alimenticias a escala local en toda la periferia del país y en parte de la pampa húmeda, que desconcentren la producción de alimentos; promover los actores locales para su implementación; c) avanzar en proyectos de base tecnológica nacional, como los autos o motos de diseño y producción enteramente locales; estos proyectos pueden ser ejecutados por entes público-privados, con participación de organismos de ciencia y técnica y empresarios argentinos; d) construir la base de producción de componentes nacionales para toda la industria electrónica, tanto de bienes finales, como de todo el sistema de comunicaciones; e) definir los proyectos de integración hacia delante de la actividad minera y establecer los mecanismos para que las empresas que extraen provean a las empresas que transformen; f) similar secuencia con la industria de transformación del aluminio; g) diseñar e implementar un plan de recuperación de sectores de la industria de bienes de capital.

Podría seguir. Pero creo que en esencia se muestra una lógica que rompe amarras con las grandes corporaciones y configuraría un escenario productivo al cual podríamos llamar la segunda independencia económica. Los efectos de este camino serían dos: a) ganar autonomía productiva en un mundo de mucha mayor interconexión que el de la posguerra; b) contar a la vez con instrumentos ciertos -varios de ellos estarán en manos del pueblo y de sus representantes- para evitar la apropiación abusiva de ganancias, que hace que cada vez que aumenta la ocupación o el poder adquisitivo, aumente la inflación.

Creo que por aquí va el rumbo.

Culturas políticas distintas en los márgenes del Río de la Plata

Por Pablo Rodríguez Masena

La puja por imponer la lógica para intentar canalizar y estructurar las distintas y contradictorias demandas e intereses de los diferentes actores sociales, culturales, económicos y políticos es lo que distingue el comportamiento político de una sociedad. Así, más que el tradicional corte izquierda-derecha, el choque —que va más allá del estilo— se da entre los que piensan la política bajo un formato liberal republicano (el ideal democrático-burgués) de neto corte europeizante y los que lo hacen desde una óptica nacional-popular de raigambre latinoamericanista. Cada uno de ellos incluye opciones de izquierdas y derechas, entendidas en relación a su preferencia por la igualdad o la libertad.

Los liberales republicanos son esencialmente institucionalistas, gradualistas, tienden a ir hacia el centro político y buscar el consenso, constituyendo individuos-ciudadanos electores racionales. Los nacionales populares tienden a construir identidades colectivas (especialmente desde la alteridad), definiendo un nosotros por sobre el yo, un pueblo por sobre la gente, lo que siendo inclusivo tiende a ser simbólicamente totalizante y a la vez excluyente (el pueblo como construcción dinámica, quedando sectores fuera de él: el antipueblo).

Cada tradición tiene una particular relación con el poder. En la liberal republicana el poder se administra, el respeto a las formas se impone frente al contenido y prima la legitimidad racional legal para tomar decisiones, por lo que los acuerdos y los consensos se sostienen más allá de cambios coyunturales y humores colectivos, tanto que el reconocimiento a la autoridad emana no del “vosotros cesando ante vuestra presencia soberana” sino de la norma que lo funda. Así las sociedades tienden a ser más estables y la estabilidad las transforma en conservadoras, aunque sostengan discursos progresistas. En la nacional popular el poder se ejerce con la contundencia de la fuerza que da la legitimidad de la acumulación de fuerzas para tomar decisiones más allá de acuerdos y consensos originales. Así el poder se construye no sólo en elecciones sino en el ejercicio cotidiano de la autoridad, elaborando sentido y generando apoyos, porque se puede acrecentar tanto

como diluir, suponiendo una constante preocupación y acción en pos de conservarlo o aumentarlo, lo que genera incertidumbre e inestabilidad. Para el ejercicio del poder la cuestión de la conducción y el liderazgo son elementos fundamentales, primando una racionalidad carismática para asumir ese rol (el liderazgo y la conducción no se imponen, se construyen a través de la voluntad, del deseo de ser y del reconocimiento de los demás).

La introducción de demandas para los liberales republicanos se da en la medida en que institucionalmente los actores reconocidos transitan el recorrido formal preestablecido de la canalización instrumental, mientras tanto los nacionales populares apelan a la movilización política como fundante de su poder, cuando la consideran necesaria para construir escenarios políticos, tomar decisiones y pelear por la introducción de demandas y de actores al sistema. En ese sentido la relación con el conflicto para los nacionales populares es más directa y abierta, no le rehuyen y generalmente tienden a explicitarlo, llegando al extremo de la dicotomía y la construcción de escenarios amigo-enemigo, lo que obliga a tomar partido.

Bajo la lógica liberal republicana prevalece la razón instrumental, en la nacional popular el sentimiento y la pasión son constructores de apoyos políticos y rechazos que, más allá de la razón, se transforman —en situaciones extremas— en expresiones de amor u odio.

En la Argentina prima la concepción nacional popular, mientras en el Uruguay lo hace la liberal republicana. Esto no quiere decir que en cada uno de estos países no existan fuerzas sociales, culturales y políticas que sostengan las concepciones no dominantes, simplemente no son mayoritarias. Así se da por ejemplo una tensión en el Frente Amplio entre el dominio cultural de la concepción liberal republicana y su expresión nacional popular (el MPP), que aunque mayoritaria en votos no puede cambiar la cultura política del FA. Es destacable ver los esfuerzos que Mujica hace como líder nacional-popular para intentar desligarse de ese rol y ser reconocido como mandatario liberal-republicano,

entendiendo que a pesar de que su estilo, formas y lógica de construcción política lo acercan a aquella tradición latinoamericanista, la sociedad uruguaya, especialmente sus sectores medios, se piensa bajo categorías europeas.

En Argentina la tensión se expresa por un lado entre un peronismo claramente nacional-popular que tiende a la totalidad, y por el otro la configuración de partidos liberal-republicanos, que paradójicamente (o no tanto porque terminan siendo depositarios de aquella cultura política) se construyen a partir de liderazgos personales. En el contexto de una cultura política nacional-popular, la muerte de Néstor Kirchner no es un acontecimiento institucional. No murió un presidente mandato cumplido, murió un líder popular. Presidente puede ser cualquiera. Sin embargo muy pocos se transforman en líderes.

En la Argentina pasamos en ocho años del “que se vayan todos” a que el pueblo se convoque en la Plaza de Mayo para despedir los restos de un político, construyendo altares de religiosidad popular en donde colocó velas, flores, agradecimientos y rezos, siendo llorado por un pueblo en una procesión de dolor y gratitud que recordó las manifestaciones propias de la muerte de Eva y de Perón. ¿Qué pasó entre medio? La Argentina en 2003 estaba devastada. El país que se creyó la ilusión neoliberal de pertenecer al primer mundo —a la cual la había llevado el más grande traidor al movimiento popular— era un territorio de *zombies*. Era un país sin expectativas, destrozado, humillado, sin futuro, en

donde se pensaba en irse, rastreando en los orígenes algún antepasado europeo para hacer fila en la embajada correspondiente, con los sectores populares fragmentados y derrotados.

La voluntad política de un ignoto gobernador sureño terminó llevándolo a la Casa Rosada. La máxima expectativa se había cumplido: que no ganara Menem. A partir de allí se dedicó a construir poder recuperando la dignidad, el orgullo, la esperanza y la autoestima nacional, desarmando el esquema de sentido del neoliberalismo. Los que ya habíamos quedado frustrados por experiencias fracasadas lo mirábamos con la desconfianza del que se quemó con leche y llora ante una vaca atada. Pero él sabía que en su debilidad estaba su fortaleza, que no había espacios para una nueva desilusión, y construyó desde la nada misma, estando a la vanguardia de una sociedad que comenzó a mirarlo asombrada, especialmente cuando empezó a hacer realidad demandas largamente demoradas, ocultadas, ignoradas, y para hacerlo confrontó, fáctica y simbólicamente, con los poderes tradicionales. Siendo políticamente incorrecto abrió un nuevo tiempo, siendo sinónimo de rebeldía resignificó la política y volvió a generar —especialmente en los más jóvenes— el reconocimiento de la necesidad de la militancia como un valor positivo. Su muerte, llorada por el pueblo y por los líderes latinoamericanos, hoy ya lo transformó en un mito que millones de jóvenes argentinos están dispuestos a llevar como bandera a la victoria.

“Un conjunto diverso y fragmentado de expresiones parlamentarias representa las heterogéneas diferencias políticas, socioeconómicas y culturales con el gobierno nacional. Sin embargo, se abusa de las palabras y se habla de la oposición, instalando desde el discurso un efecto engañoso. Se establece la unidad por la negativa como única diferencia posible, legítima. Esta confusión ha dominado el análisis de las elecciones de 2009 y la dinámica del

año parlamentario 2010, limitando la actividad legislativa a un continuo juego de obstrucción. La apelación a la oposición induce posicionamientos fundamentalistas que niegan la posibilidad de articular consensos sobre políticas específicas.

Paradójicamente, su efecto político sobresaliente es aumentar las divisiones opositoras. La opinión pública y la representación proporcional premiarán a quienes se distinguen nítida-

mente como opositores absolutos. Las fuerzas que presenten candidaturas presidenciales mediáticas, aunque sin chances de ganar, pueden obtener más diputados nacionales compitiendo individualmente que formando parte de alianzas electorales. Así, los posicionamientos altisonantes y la indignación moral evitan negociaciones complicadas y garantizan la empleabilidad política de núcleos dirigentes sin vocación de poder”.

El peronismo como filosofía política

Por Roberto Mario Magliano

La fuerza del destino

Desde hace unos años venimos sosteniendo que el peronismo es una filosofía política (Roberto Magliano: “El problema de la decisión en la filosofía política justicialista”, *Máscara/s* 3, 2001). Perón creía que su oficio –el de “hombre público”– tenía algo que ver con la filosofía. ¿Cuál es el nexo entre la filosofía y el hombre de Estado? Un hombre de Estado (que es una clase de “hombre público”) debe ocuparse de todos los asuntos que conciernen a su pueblo. Dentro de tales asuntos están, por ejemplo, las pasiones y los sentimientos morales humanos. Pero no puede resolver los problemas con puros conocimientos técnicos. Puede valerse de la ciencia política (como hoy es entendida) pero no le será suficiente. Para encarar los problemas que atañen a un pueblo debe tener una idea de la vida, de la naturaleza, del mundo, del hombre, de la sociedad, etcétera. Y todo esto no le compete directamente a la política sino a la *filosofía*. Es a través de ésta que la política adquiere una dimensión superior. Es por la filosofía que la política cobra relevancia para los hombres. De este modo, la política se convierte en una actividad *noble*, elevada, de altos propósitos, que enaltece a quien la practica. Se desconfía de la política cuando se la considera un simple recurso técnico-científico, o una “profesión” que se emplea como medio de vida (Max Weber: “La política como vocación”).

La política trata de la prosperidad y de la miseria, de la felicidad y del sufrimiento, del amor y del odio, de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte de los hombres. Ninguno de estos temas son *privados*, sino asuntos *públicos*. De todos ellos se ha ocupado la filosofía. Por eso la filosofía debe integrar la formación del hombre de Estado. La política se refiere al gobierno de los hombres. Para gobernarlos hay que conocerlos en su *esencia*, en su *naturaleza*. El peronismo constituye una idea integral del hombre y de la comunidad, una idea *rectora* que orienta todas las acciones y decisiones políticas.

La política no está para solucionar solamente los problemas de cada día, cotidianos. Lo cotidiano debe inscribirse en algo más relevante. Como es propio de la cotidianidad agotarse en sí misma, no puede reducirse la política a ella. Si la política se reduce a la

cotidianidad, se restringe a la *gestión* de lo rutinario y acaba por volverse superflua. La filosofía y la política –en ese orden– le crean un *significado* a nuestra vida diaria, que de por sí no tiene. La política quita opacidad a lo cotidiano. Y la filosofía da vuelo a la política.

Según Perón, el *destino* lo había convertido en hombre público (*La Comunidad Organizada*). Nadie se transforma en hombre público por una decisión personal. No se accede por un mero querer subjetivo. El hombre de Estado alcanza su posición independientemente de su propia voluntad. Son las *circunstancias* y los *hechos* los que determinan a quién le corresponde la conducción política. Sin embargo, el destino no exime al hombre de Estado de responsabilidad por sus actos de gobierno. Interpretamos ese destino como una *invocación*, invocación que acontece el 17 de octubre de 1945. En esta fecha Perón es invocado por el pueblo. Invocar (*in-vocare* [*vox/vocis*, voz] llamar hacia adentro) significa demandar ayuda mediante una súplica vehemente. Alguien llama a otro para que acuda en su auxilio. Detengámonos en dos términos concluyentes: “ayuda”, “auxilio”. Al invocado se lo invoca para que venga a ejercer una función de asistencia. Él, por su parte, responde al llamado. No reparará en su propia apetencia. Cumplirá su misión más allá de su propio deseo. Ocupará el lugar que le solicita quien lo invoca. Perón fue invocado por la “voz” del pueblo para hacerse cargo de sus necesidades. Para ello se le asignó un “nuevo” oficio, el de hombre público. De esta manera, acató su destino.

Una concepción del mundo

La vida humana se desenvuelve según una *visión del mundo*. No es posible vivir sin recurrir a una idea de lo que hacer y de lo que no. Esa visión del mundo adoptada contiene los fundamentos principales de la vida que llevamos o que deberíamos llevar. La vida no está resuelta de una vez y para siempre. Debe estar inscrita en un rumbo aceptable, más que eso, trascendente, de grandeza, sin que esto signifique referencia religiosa alguna. La religión en un producto de la cultura que confiere *sentido* a la vida en la relación con los dioses. Pero no es la única versión de sentido.

Cuando Perón cuestiona al capitalismo se pregunta: “¿cuál es su ideal? ¿Qué anhelan para el mundo? ¿Qué creen que debe ser el mundo?” (*Conducción Política*). Perón hace aquí una reflexión filosófica. Está diciendo que un sistema político debe representar alguna *creencia* del mundo. Alguna aspiración de lo que el mundo debe ser. Es más, esa aspiración debe estar expuesta en términos de un *ideal* de vida. Digamos, un proyecto de vida ideal al que la política debe acercársele. ¿Para qué se precisa una visión del mundo para la vida? Para componer nuestra estructura psíquica. O dicho de otro modo, para moldear nuestra personalidad anímica. Podemos conocer la personalidad anímica de los pueblos conociendo su visión de la vida y del mundo.



Wilhelm Dilthey fue el gran filósofo que investigó la ley de formación de las ideas del mundo. Para entender cómo se forman esas ideas debemos remitirnos a la *constitución anímica* de los hombres. Así sean sus “temples vitales”, así serán sus ideas. Dilthey identifica dos temples vitales: el optimismo y el pesimismo. Detrás de cualquier visión de la vida y del mundo se esconde alguno de los dos temples. *El peronismo posee un temple vital optimista*: “nuestra posición frente a la realidad de la vida tiene hondas tónicas optimistas” (discurso de Juan Perón, 13 de abril de 1949). *Penetrar*

la realidad por la *inteligencia* a fin de analizarla y así poder ordenarla mejor. Y se la ordena procurándole *organización*. Dilthey dice que “para el que orienta su vida según un proyecto vital bien ordenado, el mismo mundo es íntimo, doméstico: está en él con pie firme y se siente perteneciente a él” (*Teoría de las concepciones del mundo*). La ordenación aproxima el mundo al hombre y le proporciona *un mundo, su mundo*. Esa cercanía es la esencia propia del mundo doméstico (el mundo cotidiano), vivido como mundo íntimo y no como mundo extraño. *La identidad se logra por la ordenación, por la organización*.

El peronismo es un sistema de ordenación que se interesa por los vínculos del hombre con la comunidad. En otras palabras, cimentando una vida en común, sin que se extravíe la primacía de la persona. Hace pisar sobre suelo firme. Es un temple vital que apuesta al orden y aporta sentido de pertenencia al mundo (cercano) en que se vive.

Según Dilthey, toda visión del mundo tiene el valor de *método*. Es un método para vivir con más claridad lo incomprensible del mundo. *Se comprende lo incomprensible por medio de un método de vida*. La tarea de aclarar el mundo es facultad de la inteligencia, no de la voluntad. Resulta ser una comprensión inteligente de la *buena* forma de vivir. ¿Cuál es la utilidad de una visión del mundo? En los términos de Dilthey, la utilidad consiste en dar una solución completa al misterio de la vida. La utilidad es psicológica o política, nunca metafísica. Ésta seguirá en la búsqueda de respuestas al enigma del mundo. La incógnita de la existencia y de la condición humana no desaparece por adoptar una visión del mundo determinada. Una visión del mundo produce un conveniente *encuadre* del vivir. Despeja la incertidumbre, el vacío, el miedo y la angustia. Proporciona una serie de lineamientos que refuerzan y reafirman el yo individual, desde afuera del mismo yo. *El “yo” es la conciencia de saberse incluido existencialmente en la visión del mundo en la que se cree*. Una visión del mundo no es —como parece serlo— una creencia inconsciente. Es un conjunto de ideas sintéticas presentes en la conciencia que operan como ordenadoras de la vida cotidiana y que reflejan las distintas respuestas dadas por la filosofía, siguiendo el impulso humano de interrogarse por el mundo y por sí mismo. En nuestro parecer, *es la filosofía (y no la visión del mundo) la que aclara y define qué (buena) vida debemos llevar*.

Los distintos postulados de una visión del mundo se encuentran conectados entre sí conformando una *unidad* (Dilthey). Lo que da seguridad a nuestro obrar, lo que certifica que no actuamos en vano, no es la *verdad* de los postulados, sino que los mismos no pueden

funcionar separadamente. Todos se avalan entre sí por la unidad que forman. Los postulados no valen sueltos. Tampoco por su consistencia intelectual. Valen por configurar un patrón *unitario* de vida. Cuando nos referimos al término “unidad” nos estamos remitiendo a un concepto filosófico clave de la cultura occidental. Es una noción de la filosofía que incumbe a la esencia de toda visión del mundo. Sus postulados articulan cada uno de nuestros actos y de nuestras vivencias, de modo tal que es por ello que podemos decir que nuestra vida es “una”. Precisamente, porque toda visión del mundo también es “una”. La vida es vista en su integridad y como una integridad. La correlación psicológica de la unidad es la *regularidad* del proceso psíquico que según Dilthey consta de tres faces: agrado-desagrado, placer-disgusto, aprobación-desaprobación. “Unidad de visión del mundo” y “regularidad de proceso psíquico” son lo mismo desde perspectivas distintas. *Un proceso psíquico regular tiene una visión del mundo que lo sostiene. Y toda visión del mundo se solventa en un proceso psíquico regular.*

Toda visión (idea) del mundo tiene en la base una *imagen del mundo*. Ésta se constituye por las diversas representaciones que elaboran las facultades cognitivas, a partir de percepciones sensibles de los objetos exteriores. Se percibe la realidad del mundo exterior a nosotros; de su percepción se construyen representaciones que sintetizan y simplifican esa realidad. Sobre tales representaciones la inteligencia opera estipulando una idea del mundo. En definitiva, conceptos y representaciones sobre lo que creemos es la vida y su manera de vivirla. Así concebimos las ideas de dios, de bien, de mal, de justicia, de belleza, de felicidad, de gobierno, de autoridad, de poder, de libertad, etcétera. Una visión del mundo compartida evita la dispersión y la diseminación de deseos, voluntades e intereses. Consolida esfuerzos hacia los mismos objetivos. Pone en camino hacia formas superiores de vida. Disuelve el hastío de la rutina, entendida no sólo como hacer siempre lo mismo invariablemente y sin un motivo claro de por qué se hacen las cosas, sino como expansión irrestricta del propio deseo que termina hartándose de sí. Toda visión del mundo excede el marco de nuestros ideales individuales. Por naturaleza, los márgenes de nuestros ideales individuales son estrechos. Con “ideales individuales” queremos decir aquellas ideas que tenemos de las cosas, producto único de nuestra propia experiencia, sensibilidad y lucidez, que se asemeja mucho al llamado vulgarmente “sentido común”. Una visión del mundo es de por sí una elaboración más sutil y compleja que nuestros meros ideales individuales así entendidos.

Recordemos que en estos tiempos están ausentes los sistemas de creencias que han sostenido hasta el presente nuestra vida cotidiana (Roberto Magliano: “La cultura como distracción”, *Noticias*, 20 de septiembre de 2008). Ya no ejercen sobre nosotros ninguna influencia. Por eso la política no cubre nuestras expectativas. Y se torna imposible gobernar. Una comunidad que se orienta por una visión del mundo de manera consciente y explícita, encarnada en cada uno de sus miembros, conquista *tranquilidad* y *serenidad* públicas. Es cierto que existen visiones del mundo *revolucionarias* que hacen del conflicto y de la lucha social sistemática los resortes de la acción política. Pero aun siendo así, la misma visión del mundo revolucionaria representa un reaseguro de conducta para quien la sostiene, y le proporciona entereza vital porque sabe que está haciendo lo que cree que corresponde. De lo contrario, el devaneo y la insustancialidad de vivir.

El peronismo como filosofía

Anticipamos más arriba que una visión del mundo no se confunde con la filosofía. No es de la esencia de la filosofía configurarse como visión del mundo. En otras palabras, es la filosofía la que reflexiona sobre por qué los hombres entienden el mundo en tanto “visión” o “imagen”, es decir, en tanto representación. Deberíamos preguntarnos si rige aún la “época de la imagen del mundo” (Martin Heidegger): entendemos que todavía tiene preeminencia, aunque cada vez de modo más diluido. Con el mundo en cuanto *imagen* está afianzada la presencia del hombre como *sujeto*. Es decir, el hombre en tanto sujeto se asegura la esencia y la existencia del mundo a partir de su capacidad de representarlo de antemano. No hay más “mundo” que el *contenido* en la representación humana. La representación es al mismo tiempo toda la *posibilidad* y todo el *límite* del mundo. Debido a esta situación, el hombre está *seguro* de lo que el mundo *es*, con todas sus *consecuencias*. Una visión del mundo da seguridad de lo que es y de lo que debe ser.

Pero con la filosofía no hallamos ninguna seguridad. La interrogación y la problematicidad le pertenecen. No así a la visión del mundo. Es la filosofía la que nos enuncia por qué una determinada visión del mundo es como es. Nos lo dice en *conceptos*. *Para nosotros la filosofía es la elucidación y conceptualización de las preocupaciones últimas que interesan vitalmente a un pueblo*. Elucidar quiere decir poner en claro (*E-lucidare* [*lux/lucis*, luz] hacer claro, arrojar luz sobre algo). La filosofía aclara, lleva al claro (de luz) lo que inicialmente está oscuro. ¿Oscuro a qué? En principio, a la inteligencia. El peronismo re-

conoce a la filosofía la tarea de clarificación, de puesta en claridad. Así Perón afirma: “la filosofía recupera el claro sentido de sus orígenes. Como misión pedagógica halla su nobleza en la síntesis de la verdad, y su proyección consiste en un ‘iluminar’, en un llevar al campo visible formas y objetos antes inadvertidos” (*La Comunidad Organizada*).

Para el peronismo la filosofía es una tarea de *iluminación*. Su esencia es “iluminar”, hacer “visible”, llevar a un campo donde la verdad sea “vista”. “Iluminar” y hacer “visible” son referencias metafóricas. Sólo iluminan los objetos materiales, como una lámpara o el sol. La filosofía es una actividad intelectual, reflexiva, y se expresa en conceptos y argumentos. Decir que “ilumina” es sólo una metáfora. Con la filosofía aplicamos la inteligencia a fin de que ésta nos haga más clara la realidad que vivimos. No es una actividad que transforma la realidad, sino que la aclara. Nos abrimos a la verdad, a la esencia y naturaleza de aquello con lo que tenemos *relación*, esto es, con lo que nos interesa y preocupa vitalmente. Eso que nos interesa y nos preocupa es nuestra vida cotidiana.

La filosofía no descarta la cotidianidad. Pero va *más allá* de lo cotidiano, es decir, es capaz de distinguir (iluminar) entre lo meramente cotidiano y su *fundamento*. Este a su vez debe ser *verdadero*. Si la cotidianidad nos viene dada, si no encontramos explicación suficiente de por qué las cosas acontecen como lo hacen, si no determinamos *previamente* de qué modo hay que vivir, es la filosofía la actividad humana que da la *razón* de esta situación. Esa razón (que es un argumento) manifiesta de qué manera el hombre debe asumir su condición. Y ya esto es un fundamento. *Nadie determina con anticipación su propia existencia*. Lo contrario es suponer que sí se puede determinar la propia existencia partiendo del propio *deseo*, el que se cree ilimitado.

Una creencia común arraigada sostiene que podemos constituirnos como personas en base a lo que deseamos. Si podemos desear cuanto nos place, entonces el deseo parece resultar inconmensurable, lo que nos permitiría conformar el tipo de vida que se nos ocurra. En otras palabras, es *más* lo que podemos desear (en el plano del deseo) que lo que podemos hacer (en el plano de la realidad). No importa lo que podamos hacer, basta que lo podamos desear. Aquí “comienza” nuestra vida personal. Así se justifica nuestra existencia. Podemos subordinar –incluso borrar– nuestras eventuales determinaciones y condicionantes. Pero no nos conformamos con esto. Nos aventuramos a dar el paso de llevar nuestro deseo al plano de las *realizaciones*. En este trance, creemos constituirnos como individuos. Esta es la forma

corriente de “superar” nuestra cotidianidad. No obstante, la diferencia entre deseo y realidad, es decir, la imposibilidad de llevar a la realidad *todo* cuanto se desea, permanece *inexplicable*.

Esta falta de explicación viene de experimentar que algo de la *vida en general* no cae bajo nuestro control. Y eso que no se puede controlar es que *no se está en la existencia a causa del deseo propio*. Ese “estar en la existencia” sin el cálculo del propio deseo no remite sólo al plano biológico. Se refiere, además, a la *absoluta separación que el mundo tiene respecto de nosotros*. ¿Acaso autonomía del mundo? Digámoslo en estos términos: el mundo nos puede pertenecer, pero no *depende* absolutamente de dicha pertenencia. En definitiva, nosotros dependemos del mundo pero el mundo no depende de nosotros. Cuando por obra *absoluta* del deseo lo queremos hacer depender de nosotros, el mundo “desaparece” y el deseo tiene que habérselas sólo consigo mismo. Entonces se inventa un “mundo”. Y se comienza a desconocer todo aquello que no está dictado por el deseo. A más negación del mundo por parte de nuestro deseo, más acción del mundo sobre nosotros. Esto es lo que no se puede controlar, lo que no se puede explicar. De esto debe dar cuenta la filosofía: *por qué hay mundo y no más bien sólo deseo*.

Las relaciones que entablamos con las cosas que van configurando nuestra vida nos van haciendo tomar conciencia de la separación entre deseo y mundo. Pero esa toma de conciencia no basta para aceptar la separación. El mundo no se puede gobernar. El deseo sí. Aquí interviene la política. Gobernar es gobernar el deseo a fin de que el mundo tenga cabida. A menos deseo, más mundo. No significa suprimir el deseo. Significa que el deseo siga y acompañe el curso del mundo y que sea éste el que abra y dicte el juego del deseo. Por lo tanto, no más mundos “soñados”, inventados ni imaginados.

Para el peronismo la filosofía se ocupa de reflexionar acerca de *relaciones*: “relaciones directas del hombre con su principio, con sus fines, con sus semejantes y con sus realidades mediatas”. El peronismo es una *filosofía política* que desentraña la esencia de esas relaciones. Se ha dado cuenta de que la naturaleza de las cosas y –por supuesto– de los hombres es un entramado *en sí* de relaciones que consiste en que *si se afirma un término, éste es en tanto se afirme un segundo término*. Pero los dos términos son *distintos* y *afirmados* a la vez, a diferencia de la dialéctica marxista, para la que un término es *afirmación* y el segundo es *negación*, negación –además– de lo mismo que se afirma. Por eso el peronismo es una filosofía política *original*.

El peronismo piensa el conjunto de todas las relaciones posibles que el hombre puede entablar según su naturaleza, las que comprende en un único concepto filosófico creado a sus efectos: la *tercera posición*. Éste es el concepto principal que identifica al sistema filosófico-político peronista. Perón siempre consideró a su pensamiento (justicialismo) una filosofía (Mario Casalla: “Perón y su relación con la filosofía”, *Movimiento* 3, 2007) y a la *tercera posición* como su núcleo conceptual. En el primer caso afirma: “lo que nuestra filosofía intenta restablecer...” (*La Comunidad Organizada*), y más tarde revalida: “nuestra filosofía justicialista ha insistido en los valores y principios permanentes como fundamento espiritual insoslayable” (*Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*). En el segundo caso sostiene: “he querido, entonces, ofrecer a los señores congresales que nos honran con su visita una idea sintética de base filosófica, sobre lo que representa sociológicamente nuestra *tercera posición*”, que ratifica al decir que “la ‘tercera posición’ es una concepción filosófica y política”.

El sistema filosófico peronista puede ser considerado al mismo nivel y rigor que los grandes sistemas filosóficos creados en Occidente. A éstos se remite y acompaña. El concepto de *tercera posición* da unidad ontológica al conjunto de los conceptos que forman el sistema peronista. Es el concepto que tipifica al peronismo y lo distingue de los otros sistemas filosóficos. La siempre tan anhelada “unidad del peronismo” no debe ser sólo un objetivo político. No se puede alcanzar ninguna unidad política si no se pone en la base de esa unidad los conceptos filosóficos fundamentales que caracterizan al peronismo. Sobre todo, si no se pone su *idea central*, la que le da consistencia ontológica a todo el sistema. ¿Acaso el viejo problema de la filosofía griega de lo “uno” y de lo “múltiple” está latente en la filosofía peronista? Nos parece que sí. El peronismo da su respuesta a dicho problema.

Ahora bien ¿por qué la idea de *tercera posición* surge en el marco de la preocupación sociológica? ¿Por qué Perón define la *tercera posición* a partir de su reflexión sobre el problema *social*? En nuestra interpretación, la referencia “sociológica” es la que establece el carácter filosófico del peronismo y la que justifica que su concepto clave se denomine “tercera posición”. Para el peronismo, lo político es una propiedad de lo social y en lo social se subsume. Desde la aparición del peronismo, *lo social y lo político no van más separados*. Además, no tienen la misma jerarquía ontológica. Lo político opera en *función* de lo social. Lo social tiene más jerarquía ontológica que lo (meramente) político, sin perder por ello lo político su propia naturaleza. En esta nueva manera de

entender el nexo entre lo social y lo político radica la originalidad del peronismo, y debido a ello adquiere rango de filosofía (política).

El término “social” no alude a lo concerniente a la sociedad. En otras palabras, que hablemos de “sociedad” no quiere decir que nos remitamos al problema “social”. Pero si lo social se vuelve una categoría ontológica, o un problema filosófico en sí mismo que hay que elucidar, entonces *sí necesariamente* se pondrá a la sociedad en primer plano. Para el peronismo, la sociedad cobra una relevancia decisiva porque lo social se torna una preocupación filosófica de máxima envergadura. A esto —creemos— se refiere Perón cuando habla del “ideal filosófico de sociología”, diciendo que “sólo en el dilatado marco de la convivencia puede producirse la personalidad libre” (*La Comunidad Organizada*).

La convivencia social no es mera cuestión de hombres juntos. Es un tipo de *relación* que produce al hombre mismo, lo constituye en su personalidad. Para el peronismo, tampoco es una relación cualquiera, sino una relación que define *verdaderamente* la naturaleza humana. Por eso no se trata de dar una respuesta más entre muchas otras al problema del hombre. Se trata de dar con la respuesta que mejor *descifre* lo que es “ser humano”. Y esto se pretende con el concepto de *tercera posición*. Como el peronismo no concibe al hombre *aislado*, se tiene que hallar su “humanidad” en otro lado. Y este lado es el de las “relaciones”. De aquí que Perón ponga énfasis en el tema de las “relaciones” como puntal de su preocupación filosófica, que lo lleva a conceder a “lo social” una importancia eminente. Lo cual quiere decir que la noción de “tercera posición” debe ser entendida en sí misma como una *relación* de cierta índole, que permita dar cuenta de todas las *especies* de relaciones que sean capaces de darse. *Es más, la tercera posición es la relación de relación, es el género que determina cómo debe ser cada una de las específicas relaciones que eventualmente se instauren.* Porque el peronismo piensa al hombre en términos de “relaciones” y según la concepción de la “tercera posición”, es que “lo social” se vuelve preponderante.

Perón advierte un aumento del interés por lo colectivo como fase superior del proceso de evolución histórica de la humanidad. Sin embargo, dicho proceso de evolución no ha traído conjuntamente una mejoría del propio valer del hombre. Lo inmediato que se observa es la evolución histórica del fenómeno social. Pero también un estancamiento del desvelo por el valor del hombre como hombre, temas pertenecientes a las “realidades mediatas”, propias —en este caso— de la axiología y de la antropología filosófica.

fica. La reflexión filosófica debe ocuparse tanto del porqué del avance de lo colectivo (problema sociológico) como del porqué del estancamiento del valor del hombre (problema axiológico-antropológico), a fin de que este último problema no esté ni corra detrás del primero, sino que ambos consigan estar y correr en paralelo. El problema sociológico da una vuelta de tuerca al incorporar el problema de los valores y del hombre como tal. Ahora, no es un *puro* problema sociológico. La preocupación sociológica deviene fatalmente en preocupación axiológica y antropológica. De esta manera, el pensamiento filosófico retomaría el camino de lo que Perón llama “lo último y general” frente a lo “inmediato y personal”, que la evolución social y económica se encargó de trastornar.

El problema sociológico, visto desde las perspectivas axiológica y antropológica, se eleva de lo inmediato a lo mediato, y alcanza dimensión ontológica, constituyéndose así en el objeto de elucidación por excelencia de la filosofía peronista.

El peronismo como ideología

A partir de los años 70 el peronismo empieza a considerarse a sí mismo como una *ideología*, aunque ya en los 50 se hace mención a lo ideológico al tratar la cuestión de la doctrina. En efecto, Perón dice: “el análisis es lo que permite la consistencia ideológica de la propia doctrina” (*Conducción Política*). Según lo transcripto, ideología y doctrina no son sinónimos. La *consistencia* de la doctrina es lo que en los 50 Perón llama “ideología”. Lo consistente pertenece al orden de los *contenidos* de la doctrina. Dentro de los contenidos –los que identifican propiamente a la doctrina peronista– están incluidos los fundamentos. Cuando hablamos de fundamentos hablamos en términos filosóficos. “Ideología” hasta aquí puede considerarse como símil de “filosofía”. Por lo tanto, el peronismo no puede concebirse como ideología a la manera que lo entiende, por ejemplo, el marxismo, que ha dado al concepto de “ideología” prácticamente su significado definitivo.

Para el marxismo, el modo *material* de producción de bienes decide la vida social de los hombres en un determinado momento histórico. De las diversas maneras de producción material derivan los distintos tipos de relaciones sociales y las *ideas* que las explican, justifican y ordenan. Tales ideas se hallan en el grupo social en estado inconciente. Los miembros del grupo desconocen el auténtico origen de dichas ideas. El conjunto de ideas que autorizan una organización social establecida, fundada en cierto modo de producción material en un momento histórico, se denomina desde el marxismo *ideología*. Una ideología

no es el mero producto de una inteligencia, de una razón explícitamente activa. Es la expresión *objetiva* de una determinada relación social, su manifestación superior, que se adopta como dada, con la finalidad de respaldar la manera de establecerse esa relación.



Karl Mannheim señala que hay cierta clase de ideas que pretenden trascender el orden existente. Las llama “irreales” porque su contenido no puede ser realizado al tiempo en que las ideas surgen (*Ideología y utopía*). Por otra parte, están las ideas “reales”, aquellas que se adecuan al orden establecido. En consecuencia, las ideas “irreales” *no* son adecuadas al estilo de vida vigente, resultan incompatibles con el mismo y no permiten, a quienes las sostengan, vivir ni actuar conforme a ellas. Quien pretenda vivir según ideas “irreales” terminará por no adaptarse a la forma de vida habitual de la sociedad. En otras palabras, no podrá alcanzar nunca los ideales que persigue mientras las condiciones de vida imperantes se mantengan inalterables. Llevadas a la práctica, chocan con las ideas estimadas adecuadas, lo que significa que *de facto* no se realizan. Por lo tanto, se las proyecta en el tiempo, es decir, se las cree realizables en un futuro impreciso. A un sistema de ideas con estas características se lo llama *ideología*. La vida no se rige por la realidad, sino por la ideología adoptada, y es ésta la que estipula todo lo que se debe entender por realidad. Es la realidad la que debe ajustarse a la ideología y no al revés.

Según el marxismo, lo que fundamenta a una ideología es el *sistema material de producción* de los bienes necesarios para la vida. Así sea el sistema, así

será la ideología. Los modos materiales de producción cumplen las leyes de la naturaleza y de la historia. Por eso son *objetivos*. Si en determinado momento el sistema de producción reinante resulta insostenible según esas mismas leyes, la única manera de operar una transformación es por medio de la voluntad humana. La intervención de la voluntad no quita *objetividad* al proceso. Es parte *necesaria* de su propio devenir. La transformación de un sistema en otro, para ser una verdadera transformación, no puede ser sino tajante. Por ende, la metodología práctica para llevarla a cabo no puede ser sino *revolucionaria*.

Para el peronismo el interrogante de los tiempos presentes es: “¿la felicidad que el hombre anhela pertenecerá al reino de lo material, o lograrán las aspiraciones anímicas del hombre el camino de la perfección?” (*La Comunidad Organizada*). El peronismo no niega el sustrato material (la existencia histórica de modos de producción). Sólo que no acepta que sea el presupuesto de lo real y de lo humano. Precisamente, Perón se pregunta dónde radica la verdadera felicidad y perfección del hombre: en lo material o en lo anímico (espiritual). Contestar esta pregunta es tarea de la filosofía. El peronismo —desde la filosofía— aportó su original solución.

La verdadera felicidad no puede asentarse en lo *puramente* material, como tampoco en lo *puramente* anímico. En primer lugar, el peronismo introduce la cuestión de lo anímico frente a la primacía de lo material. En segundo término, rechaza esa primacía. Para que la primacía no tenga lugar, hay que concebir, primero, ambos principios como *fuerzas relacionadas*. Segundo, en esa relación las fuerzas deben ocupar un *tipo* determinado de posición, la llamada “tercera posición”. *Este tipo de posición se caracteriza, justamente, por evitar que ninguna de las fuerzas en juego jamás obtenga primacía alguna*, a la vez que cada una ocupa la posición que le corresponde según su naturaleza. En este sentido, de ningún modo puede aceptarse (como no acepta el peronismo) que primen las fuerzas *materiales* por encima de las demás.

¿Qué entiende el peronismo por ideología? ¿Cómo interpreta Perón su propia postura en cuanto ideológica? Perón llama “ideólogos” a los “estudiosos de las ideas” (*La hora de los pueblos*). Podemos deducir que “ideología” es el *estudio de las ideas*. Para Perón, la ideología es el origen de todas las transformaciones humanas. Da *sustento filosófico* a la revolución. Ésta siempre requiere de una ideología. ¿Acaso quiere decir que para hacer una revolución se precisa llevar a cabo un estudio de las ideas filosófico-políticas?

Perón define la *revolución* de la siguiente manera: “cuando se habla de revolución, algunos creen que se

hace a fuerza de bombas y balazos. Revolución, en su verdadera acepción, son los cambios estructurales necesarios que se practican para ponerse de acuerdo con la evolución de la humanidad, que es la que rige todos los cambios que han de realizarse” (discurso del 30 de julio de 1973). *La revolución acompaña la evolución, y no la evolución resultado de una revolución*. La evolución de la humanidad deviene de la naturaleza y del fatalismo histórico. Cuando por obra de la evolución (natural e histórica) las estructuras imperantes en cierto momento no dan más, se deben implementar los cambios de fondo para ajustar las estructuras a los nuevos tiempos. ¿Dónde se observaría la insuficiencia de las viejas estructuras y la necesidad de otras nuevas? *Estudiando las ideas que las sostienen*. El estudio de las ideas del que habla Perón sería el antecedente y paso obligado que deberían cumplir los aspirantes a revolucionarios para pergeñar su revolución. Del mentado estudio se elaborarían los fundamentos filosóficos —ideas— acordes a las exigencias de los tiempos nuevos. En base a tales fundamentos se pondría en marcha la revolución que practicaría los ineluctables cambios estructurales, en consonancia con la evolución natural e histórica de la humanidad. Es así como los “estudiosos de las ideas” se constituirían en los “ideólogos” de los cambios (revolucionarios). El producto de su estudio se denominaría “ideología”.

Según Perón (fines de los 60) existen sólo dos ideologías: la *cristiana* y la *marxista*. Aclara: “salvo que alguno se decida por crear una tercera propia y original” (*La hora de los pueblos*). El justicialismo habría fijado su ideología —conforme los dichos de Perón— en el Primer Congreso de Filosofía de Mendoza de 1949, en el texto *La Comunidad Organizada*. Aquí se exponen los fundamentos filosóficos de la *doctrina* peronista. Por lo tanto, Perón confirma que él entiende por “ideología” las bases filosóficas en que se asienta la doctrina. O sea, el concepto de ideología se aproxima al concepto de filosofía, que ya insinuamos más arriba.

En 1971 Perón sostiene que las ideologías no cambian; y que si lo hacen, lo hacen pasados largos períodos de tiempo. Las doctrinas, por su parte, varían según las circunstancias de su aplicación. Distinguiendo entre ideología y doctrina, ésta sería la *forma de ejecución* de aquella (*Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*). Cada época histórica tiene —según Perón— su ideología. Habría una ideología para la Edad Media, otra para la etapa capitalista, otra para la socialista, etcétera. Toda ideología se *ejecuta* mediante una doctrina, bajo determinadas circunstancias y en un determinado tiempo y espacio.

Si las circunstancias, el tiempo y el espacio cambian, por lógica se producirán modificaciones en la formas de ejecutar la ideología, sin que por ello ésta pierda su carácter permanente. Si bien las ideologías corresponden a su época, su valor depende de su mayor o menor inalterabilidad. Pero las ideologías no pueden quedar en el terreno de la pura especulación, deben ser ejecutadas, es decir, deben ser aplicadas a los hechos, a fin de probar su verdad, esto es, su efectividad.

En 1974, Perón afirma que “nuestra patria necesita imperiosamente una ideología creativa que marque con claridad el rumbo a seguir y una doctrina que sistematice los principios fundamentales de esa ideología”. *Las ideologías tienen para Perón una función muy concreta: señalar de modo claro adonde se quiere ir.* Propio de la ideología es tener claridad y un rumbo a seguir. No se puede vivir en sociedad —y la política no puede permitirlo— sin saberse con cierta precisión para qué se vive. Si una sociedad posee con claridad una idea de vida en común, cada uno de sus miembros sabrá qué hacer con su propia vida. La “claridad” aproxima la ideología a la *filosofía*. Pero asimismo, junto con el concepto de “rumbo a seguir”, a una *visión del mundo*, pues como decía Perón la ideología se vuelve imprescindible “cuando, por lo menos, se intenta saber lo que se quiere” (*La hora de los pueblos*). Si un pueblo sabe lo que quiere y adonde se dirige, es porque cuenta con una *visión del mundo* que orienta su vida y su destino. Estas dos propiedades (saber lo que se quiere y adonde dirigirse) también corresponden a la esencia de la “ideología”, con lo cual se puede concluir que “visión del mundo” e “ideología” serían términos intercambiables.

Sin embargo, Perón señala en su definición de “ideología” de 1974 que la doctrina debe sistematizar los *principios* fundamentales de la ideología, lo que significa que una ideología debe contar con ciertos principios. En definitiva, el contenido de una ideología está expresado en principios (fundamentales) que son los que propiamente aportarían la suficiente claridad para fijar el rumbo a tomar. Ya Perón había expresado que las doctrinas no son eternas sino en sus grandes principios. ¿Acaso los grandes principios (“eternos”) no configuran la “consistencia ideológica” de la doctrina? Por lo tanto, para el peronismo la ideología consiste en *los grandes principios fundamentales, permanentes e inamovibles que sustentan la doctrina*, más allá de cualquier actualización que se haga sobre ésta para adaptarla a espacio, tiempo y circunstancias (la idea de asociar en el peronismo el concepto de ideología con el de grandes principios la debo a Silvio Maresca, de una nota manuscrita suya al texto de *Conducción Política*). De esta manera, el concepto de ideología que

sostiene el peronismo está muy lejos del de ideología del marxismo, concepto que se le ha querido endilgar para interpretarlo. Si para el peronismo ideología son “principios fundamentales” y su ideología está formulada —como se dijo anteriormente— en el texto de *La Comunidad Organizada*, es aquí donde debemos hallar esos principios. Ellos son, a nuestro criterio: a) sentido de *proporción*; b) anhelo de *armonía*; y c) necesidad de *equilibrio* (*La Comunidad Organizada*). Los principios de proporción, armonía y equilibrio *emanan* de la misma postura filosófica de la “tercera posición” y la explicitan.

El peronismo como doctrina

¿De dónde le viene al peronismo el concepto de doctrina? Proviene inicialmente de la terminología *militar*. No es el único concepto que tiene este origen dentro del peronismo. Son la mayoría. ¿Por qué hace falta contar con una doctrina para conducir y gobernar? Una idea política en forma de doctrina tiene la virtud de conferir “un mismo modo de ver, de pensar y de obrar” (*Apuntes de Historia Militar*). Sirve para “dar indispensable cohesión moral e intelectual”. Una doctrina —dice Perón— tiene la función de establecer una *disciplina de espíritu común a todos*. Es una *única orientación* que se imparte con el propósito de guiar la preparación de todas las fuerzas (“vivas”) integrantes de una comunidad, a fin de ponerlas al servicio de su más adecuada *organización* y de las más altas *finalidades* que se haya impuesto. En 1951 Perón amplía el concepto de doctrina que había enunciado en 1932 y le da un significado definitivamente político: “son exposiciones sintéticas de grandes líneas de orientación y representan en sí y en su propia síntesis, solamente el enunciado de innumerables problemas” (*Conducción Política*). La solución de los problemas —en el pensamiento de Perón— no forma parte del cuerpo político-doctrinario, sino que pertenecen al campo *teórico*. *La doctrina da la orientación de cómo debe ser la solución, pero no da la solución misma*. En la definición de 1951, la doctrina parece tener un carácter más “idealista”. Se trata de sintetizar en unas pocas ideas qué concepción de país se quiere realizar. Luego, se pasa a la *ejecución* de esas ideas sintéticas.

El peronismo prioriza expresamente la acción por sobre la concepción. Sin embargo, debemos tener precaución al interpretar este postulado. La política es acción, lo sabemos. *Pero las formas de ejecución (acción) se sostienen en una doctrina (concepción)*. Sin doctrina nada hay que ejecutar o, mejor dicho, sería una ejecución que marcha a ninguna parte. La acción (política) por la pura acción, no pertenece a la idea peronista. Toda acción política se apoya en una *creen-*

cia del hombre, de la sociedad, del mundo. Lo que Perón quiere descartar es una doctrina que pueda ser muy elevada en el orden especulativo, pero de escasa o nula posibilidad de realización. ¿Por qué a Perón le preocupa sobremanera que una idea política pueda ser o no realizada? Las razones son diversas. Hay una de tipo filosófica que tiene que ver con su concepción de la realidad. Aquí digamos que una de las razones se vincula con la naturaleza y los deberes mismos del hombre de Estado, según lo entiende Perón: *el hombre de Estado responsable está obligado a realizar cuanto afirma (La Comunidad Organizada)*. Lo que se concibe se debe realizar. “Concepción” y “acción” constituyen una *relación* inseparable. El primer término no se entiende sin el segundo, y viceversa.

¿Cómo es que la doctrina, perteneciendo al orden de la concepción, es en definitiva de naturaleza práctica? Si perteneciese puramente al orden de la concepción, no pasaría del plano contemplativo, quedando totalmente del lado filosófico. “Doctrina” y “filosofía” coincidirían, y ya sabemos a esta altura que esto no es así. Si fuese nada más que de orden práctico, se limitaría a contener unas cuantas reglas para obtener eficacia en la acción. Sin embargo, tampoco esto es así. El secreto de la cuestión está en la *fuerza* de donde emana el concepto de “doctrina”. *El genio político de Perón radica en haber extrapolado conceptos de la ciencia militar al campo de la política “civil”, contribuyendo con ello a despejar el problema político argentino y fundando una nueva filosofía política*. La formación militar de Perón resulta decisiva para comprender su pensamiento político. Pero no por su aspecto *técnico*, sino *metafísico*.

El hombre de armas tiene una manera muy especial de ver la realidad, que Perón aprendió muy bien. La porción de *realidad* con la que el hombre de armas se las tiene que haber es la *guerra*. La guerra no es sólo la continuación de la política por otros medios, sino —diríamos nosotros— la misma *realidad* por otros medios. Es una manera de entender la realidad y de actuar sobre ella. Una particular forma de acceder, de definir y de operar la realidad que no sólo *altera* el curso corriente de la vida cotidiana, sino que *invierte* el orden de importancia de las categorías ontológicas y conceptuales. Así, en este punto dice Perón: “en la guerra el hecho predomina sobre la idea, la acción sobre la palabra, la ejecución sobre la teoría” (*Apuntes de Historia Militar*). Que haya predominio de un término sobre otro no quiere decir que sea en su detrimento o exclusión. Ambos términos deben considerarse *juntos* porque se requieren *recíprocamente*. Tales conclusiones pueden extenderse perfectamente a la esencia de lo político. La “realidad” bélica y la “reali-

dad” política es una misma realidad porque *hay una sola realidad*.

¿Qué fundamenta la inversión? ¿Por qué ésta es *necesaria*? No se trata de una cuestión metodológica, instrumental, de cómo conocer mejor la realidad (de la guerra) para una mejor intervención en ella. *La guerra es ya un modo de ser de las cosas*, modo que está *más allá* de cualesquiera sean las interpretaciones que se hagan del mismo. No importa que la guerra acontezca o no. Puede que nunca ocurra y no por ello difuminarse como categoría de ser. Qué es la realidad desde la guerra no desaparece jamás. Pongámonos en perspectiva de guerra y preguntémosnos *¿qué es la realidad?* Y la respuesta es: *un sinnúmero de casos inmediatos, concretos, particulares, intrínsecamente diferentes unos de los otros, irrepetibles, que se presentan en un ambiente y circunstancias propios que da a cada caso un carácter absolutamente original, donde ciertos factores cobran importancia y otros la pierden*. Esta es básicamente la *ontología* peronista. En consecuencia, siempre nos encontraremos con *hechos* antes que con ideas.

La guerra tiene —digamos— su momento crítico: la *batalla*. Todos los esfuerzos se encaminan a un solo resultado: llegar al combate. Por lo tanto, no hay o no vale promesa o amenaza de batalla, sino que la única batalla que existe y que cuenta es la que se *realiza*. Por eso es el momento crítico de la guerra: en la batalla se prueban *realmente* las fuerzas y se constituye el *hecho* por excelencia. El *hecho* se configura a partir de *acciones* concretas que se llevan a cabo y no de *palabras* que intercambian los contrincantes, lo que representa la *ejecución* efectiva de lo enseñado y aprendido en la *teoría*. De esta manera se explica la inversión de las categorías ontológicas y conceptuales: *según la guerra, la realidad son casos particulares que se constituyen como hechos a partir de acciones que se ejecutan*. Si la inversión no se produce, la guerra carece de toda esencia y sentido.

Dado que decir “realidad” es decir “caso particular” con características especiales que no pueden asimilarse a ningún otro, la pregunta que se impone es *¿cómo abordamos la realidad?* Por *analogía* no se puede. Tampoco por la *memoria*. La respuesta sería: de un modo *objetivo*. ¿Y qué se entiende por objetivo? Aquello que responde a su *objeto*. Estar frente al objeto supone estar frente a determinadas circunstancias. El examen de las mismas nos dirá ante qué *caso* nos encontramos. El objeto es la contestación a la pregunta “¿de qué se trata?” (*Apuntes de Historia Militar*). Para responder a esta pregunta hay que poner a todos los involucrados en un mismo *punto de partida*.

Como no sabemos de qué se trata aquello con lo que tendremos que habérsela sino hasta el momento en que estemos frente a ello, debemos contar con cierta *previsión*, con cierta *preparación* para *saber* y *poder* encararlo en el momento que acontezca. Para ello se empieza por *unificar* los sucesos que se van a tener que afrontar bajo una misma *idea*. Esto significa que debemos contar con una *concepción* de aquello con lo que nos vamos a encontrar. Esta concepción es la *concepción del caso*: postulados simples y claros, sintetizados por la inteligencia, que resumen el tratamiento de circunstancias múltiples, variables e indefinidas. Se hace una *composición de la realidad*, esto es, la formulación de un conjunto de directivas amplias que enuncian los problemas que puede presentar un acontecimiento impredecible y que, además, orientan la naturaleza de sus soluciones. A esas directivas orientadoras la ciencia militar las denomina *doctrina*.

El peronismo tiene el mérito de haber introducido y consagrado el concepto de doctrina en la política. Según Perón, las causas que no cuentan con una doctrina están condenadas al fracaso. Muchas buenas causas “se transformaron en las causas más atroces que ha tenido la humanidad por falta de una doctrina que asegurara la consolidación y la continuidad” (*Conducción Política*). *Una buena política es aquella que cuenta con una doctrina. ¿Por qué? Porque una doctrina aporta unidad de criterio a una diversidad de elementos sin ninguna ligazón, pero que influyen decisivamente en el derrotero de nuestra vida cotidiana, dándoles una firmeza y asegurándoles una perdurabilidad que de por sí carecen. Por la doctrina los elementos dispersos se convierten en un hecho.* Pero el peronismo no incorpora cualquier concepto de doctrina sino —recordemos— el utilizado en la ciencia militar. ¿Qué particularidad presenta ese concepto que se distingue de todos los demás? Su carácter *práctico*, carácter que recoge Perón cuando dice que la doctrina es la *forma de ejecución* de la ideología. “Práctico” quiere decir que la concepción trae consigo su propio *plan* de realización. Pero la concepción no se realiza a cualquier precio, sino midiendo en todo momento, de acuerdo a las circunstancias, el espacio y el tiempo, su propia capacidad y alcance. Y es en este sentido que —nos parece— hay que comprender por qué la doctrina tiene que estar abierta a su “actualización”.

Perón recalca que la doctrina es una “organización espiritual” con la que “llevar a los hombres a una concepción similar de la vida y de la acción en beneficio de la vida del movimiento” (*Conducción Política*) y, agregaríamos nosotros, en beneficio de la vida de la nación. La doctrina “va dirigida al alma de los hombres”. *Forma* el espíritu de los hombres a fin de pre-

disponerlos y disponerlos a *realizar* la nación. Aquí ya se puede prescindir de la “guerra” y de la “batalla” como conceptos.

El peronismo como doctrina comprende tres ámbitos, descritos en las llamadas *Veinte Verdades del Justicialismo Peronista*, a saber: a) político: “como doctrina política, el justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con el de la comunidad” (verdad 15); b) económico: “como doctrina económica, el justicialismo realiza la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía y ésta al servicio del bienestar social” (16); y c) social: “como doctrina social, el justicialismo realiza la justicia social, que da a cada persona su derecho en función social” (17). Obsérvese que en los tres ámbitos se repite una misma palabra que resalta la esencia de la doctrina: *realiza*. Un pequeño *corpus* de enunciados breves que contienen su propio proceso de autorrealización y que en su desenvolvimiento exhiben y confirman la verdad de los mismos.

Si consideramos a la Argentina como un *caso original de la realidad*, no puede haber mejor doctrina que refleje su íntima naturaleza y atienda mejor sus asuntos que la doctrina *justicialista*.

El peronismo como teoría general

Una teoría general es un conjunto de conceptos y argumentos que *explican* de modo *coherente e integral* un determinado segmento de la realidad. Toda teoría es un *sistema conceptual* que comprende nociones y definiciones articuladas entre sí de modo tal que se derivan o se deducen unas de las otras, obteniéndose conclusiones *necesarias* (apodícticas), es decir, que no pueden sacarse ningunas otras conclusiones que aquellas a las que se ha arribado. Para que las conclusiones sean “bien” extraídas, y sean unas y no otras, toda teoría debe ajustarse a un método *lógico* (reglas de razonamiento), *gnoseológico* (origen, formas y alcance del conocimiento) y *epistemológico* (configuración científica del conocimiento). Una *teoría general* del peronismo debería cumplir con estos requisitos. *La construcción teórica sistemática es una deuda pendiente dentro del peronismo.* A pesar de que se han hecho valiosos aportes al respecto (Jorge Bolívar: *Estrategia y juegos de dominación*, 2008), falta aún elaborar una teoría general *completa*, que reúna y ordene los conceptos fundamentales de la filosofía política peronista.

Perón siempre estimuló el trabajo teórico: “eso constituirá toda la teoría [económica] del justicialismo, que todavía está por escribirse. (...) Llegará un día en que esas nuevas formas conformen total y absolutamente una nueva teoría” (*Conducción Políti-*

ca). Hace un llamado a que “hay que formar también una teoría social y una teoría política, y eso deben realizarlo los muchachos estudiosos del peronismo”. Toda teoría debe precisar su *objeto*. ¿Cuál es el objeto de la teoría general del peronismo? La *doctrina peronista*. Una doctrina sin teoría –sostiene Perón– resulta incompleta. *La teoría general es la interpretación inteligente de la doctrina*. Como la teoría general es una construcción de la inteligencia, deberá indagarse la estructura de ésta, ya que de ella se obtiene el *método* con que se arma el aparato teórico. Pero una teoría general del peronismo no se conforma solamente con explicar el contenido de la doctrina. Así como la doctrina enuncia los problemas que se presentan en la vida del hombre y de la comunidad, la solución a los mismos no viene de la doctrina –como adelantamos–, sino de la teoría. Las conclusiones teóricas, además de ser *explicaciones*, son *soluciones* a problemas. Se deduce entonces que por medio de la teoría no se trata de conocer por conocer, sino de conocer para descubrir y ejecutar la solución buscada.

¿Por qué de una teoría general? Así como con la doctrina se trata de inculcar una concepción común, a fin de que se piense, se sienta y se actúe de la misma manera, con la teoría se trata de interpretar los contenidos doctrinarios de un modo *congruente*, a fin de evitar versiones antagónicas o contradictorias. De poseer una teoría general del peronismo se podría confrontar con mayor solidez las teorías políticas, económicas y sociales generalmente aceptadas. Se podría contar con un aparato epistemológico más apto para la investigación y resolución de los problemas argentinos, ya que el modelo epistemológico vigente posee fundamentos filosóficos distintos a los del peronismo. No se podría aplicar con tanta ligereza el primer paradigma científico de moda. Un gran desafío para el peronismo a nivel cultural mundial: una filosofía disputando con otras filosofías; una teoría general contestándole a las teorías políticas, económicas y sociales de pretensión universal. *Una teoría general del peronismo* comprendería, a nuestro criterio, los siguientes puntos:

1. La tercera posición.
 - 1.1. Tercera posición y dialéctica.
 - 1.2. Tercera posición y pragmatismo.
2. Principios ideológicos permanentes.
 - 2.1. Proporción.
 - 2.2. Armonía.
 - 2.3. Equilibrio.
3. La realidad.
 - 3.1. Realidad y hecho.
 - 3.2. Realidad y efecto.

- 3.3. Realidad y caso original.
4. El método.
 - 4.1. La percepción de la realidad.
 - 4.2. La inteligencia y el método analítico-sintético.
 - 4.3. Diferencias entre el método cartesiano y el método peronista.
 - 4.4. La lógica estratégica.
5. El hombre.
 - 5.1. Materia y espíritu.
 - 5.2. La apetencia y los deseos.
 - 5.3. Las necesidades y las aspiraciones.
6. La doctrina.
 - 6.1. La doctrina política.
 - 6.1.1. Concepto de política.
 - 6.1.2. Masa y pueblo.
 - 6.1.3. La democracia social.
 - 6.1.4. La conducción.
 - 6.1.5. El gobierno.
 - 6.1.6. El estado.
 - 6.1.7. La organización libre del pueblo.
 - 6.1.8. La relación derecho-deber.
 - 6.1.9. La comunidad organizada.
 - 6.1.10. La soberanía política.
 - 6.2. La doctrina económica.
 - 6.2.1. La economía social.
 - 6.2.2. La relación capital-economía-bienestar social.
 - 6.2.3. El trabajo.
 - 6.2.4. Producción, productividad y consumo.
 - 6.2.5. Economía y ecología.
 - 6.2.6. La independencia económica.
 - 6.3. La doctrina social.
 - 6.3.1. La función social.
 - 6.3.2. La aplicación sistémica.
 - 6.3.3. La justicia social.
7. Planificación y proyecto nacional.
 - 7.1. La felicidad del pueblo.
 - 7.2. La grandeza de la nación.
8. La liberación.

La tranquilidad de tener todo asegurado



0810-222-2444

www.provinciaseguros.com.ar

Provincia
Seguros



Con el respaldo de toda una Provincia.



EDITORIAL

Hace apenas un mes,
por Fernando Duarte

UNIVERSIDAD Y PERONISMO

Una deuda pendiente: Perón,
por la Escuela de Formación Peronista de Rosario

Alpargatas sí, libros no,
por Feliciano Fernández

Histórico avance del kirchnerismo en la UNLP,
por Aritz Recalde

Hacia un nuevo movimiento estudiantil con las
banderas de Néstor y Cristina,
por Julio Fernández Baraibar

Salud y educación de los trabajadores, desafío global
al peronismo,
por Carlos Javier Regazzoni

Socialización de la Educación Superior,
por Octavio Miloni

APORTES

Otra líder en Latinoamérica,
por Laura Arano

En el nombre de Evita,
por Carla Echichure Castro

RESEÑAS

Jorge Bolívar: Capitalismo, trabajo y anarquía,
por Enrique Del Percio

Alicia Poderti: Diccionario del peronismo,
por Paula Montes

Edi Zunino: Patria o medios,
por Marina Acosta

Hugo Chumbita: América en Revolución,
por Pedro Blazco

Mariano Fontela: Peronismo y Ciencias Sociales,
por Alberto Roig

Epistemología ferroviaria,
por María Cristina Reigadas

Pablo José Hernández: Las JP
por Pablo Adrián Vázquez

DEBATES

La misión y el camino,
por Enrique M. Martínez

Culturas políticas distintas en los márgenes del Río
de la Plata,
por Pablo Rodríguez Masena

El peronismo como filosofía política,
por Roberto Mario Magliano